

Evidencias de la presencia Inca en el valle de Chicama: apachetas, huancas y cerámica en Cerro El Sapo, Costa Norte del Perú

Evidence of the Inca presence in the Chicama valley: apachetas, huancas and ceramics on the hill El Sapo, North Coast of Peru

ENRIQUE ZAVALETA PAREDES

Universidad Nacional de Trujillo.

E-mail: enrique.zavaleta@gmail.com

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-9171-6618>

LEONARDO MURGA PASTOR

Universidad Nacional de Trujillo.

E-mail: mplion03@hotmail.com

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-7723-468X>

LIZ RAMÍREZ AGUILAR

Universidad Nacional de Trujillo.

E-mail: lizramirez@outlook.com.pe

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0002-0674-0128>

RECIBIDO: 21 DE ABRIL DE 2021

ACEPTADO: 27 DE JUNIO DE 2021

DIANA ZAGASTIZÁBAL RUIZ

Universidad Nacional de Trujillo.

E-mail: jannett.zagastizabalruiz@gmail.com

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-7971-4855>

ROMINA MOGOLLÓN FLORES

Universidad Nacional de Trujillo.

E-mail: mogollonf@gmail.com

Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-6128-9045>

Resumen: En 1470 d. C. los Incas conquistan la Costa Norte del Perú e inician la administración y control de nuevos territorios usando una variedad de estrategias, como la reubicación de trazos en los caminos, la construcción de diversas murallas que dirigen al transeúnte en una sola dirección y el uso de poblaciones leales polifuncionales que reemplazaban a los grupos desplazados, estos nuevos habitantes han traído consigo y practicado sus costumbres dejando como evidencia, en el valle de Chicama, tradiciones de la sierra sur que se sincretizaron con

las tradiciones locales. El hallazgo de cinco apachetas costeñas asociadas a vías de comunicación Costa – Sierra y la presencia de nuevas formas y uso de vasijas asociadas a restos arquitectónicos en las laderas este y oeste de Cerro El Sapo son una nueva evidencia de la presencia Inca en la Costa Norte que aportará a entender cómo se desarrolló la administración y el control de uno de los valles más fértiles de la costa peruana.

Palabras Clave: Incas, apachetas, valle de Chicama, mitimaes.

Abstract: In 1470 the Incas conquered the north coast of Peru. They administered and controlled new territories using a variety of strategies, such as the relocation of roadways in order to shorten distances, the construction of walls that oriented travelers to a single direction, and the utilization of loyal, diversely specialized subjects to displace rebellious or intransigent groups. These new populations brought with them their

native cultural practices; in the Chicama Valley, they introduced Southern Highland traditions that ultimately syncretized with local, coastal cultures. The discovery of five coastal *apachetas* associated with coast-highland routes provides new evidence of Inca presence in one of the most fertile valleys on the Peruvian coast.

Keywords: Incas, apachetas, Chicama valley, mitimaes.

1. INTRODUCCIÓN

EN 1470 ante la amenaza de la invasión de los Incas, el líder del territorio de Cajamarca Guzmango Capac pidió ayuda al Chimú Capac para enfrentarlos, ambos hicieron frente a los cuzqueños pero perdieron y fueron apresados (Samiento de Gamboa 1943 [1572]:108, Cabello de Valboa 1951: 317). Los Chimú eran la sociedad más extensa y organizada a quienes se enfrentaron los Incas por lo que la decisión de ir a su conquista debió convocar a todo el aparato militar y logístico. La victoria sobre ellos permitiría engrandecer el imperio ya que los chimú contaban con un organizado sistema de producción artesanal (Rostworowski 1999:207), además de la organización económica altamente centralizada que al unirla al sistema imperial consolidaría al nuevo gobierno, ahora conocemos que se derrocó a la elite suprema chimú y se empleó a los administradores provinciales (Costin 2018) para continuar el gobierno bajo formas de producción que enriquecían a los conquistadores.

Con la conquista Inca de todo el territorio Chimú se imponen nuevas prácticas y costumbres, algunos de estos cambios hemos podido registrar en el valle Medio de Chicama. El primero de ellos es uno de los actos del culto y religiosidad Inca que ha dejado evidencias físicas y que continúa su práctica hasta la actualidad. Se trata de pequeños montículos de piedras que se van formándose a partir del arrojado constante de piedras y objetos en lugares sacralizados y que indicaban el paso a un nuevo valle, una nueva zona o la cercanía a los poblados donde culminaría el viaje y/o donde se pernocharía.

Esta tradición inicialmente no fue prohibida por la elite religiosa española y por lo tanto no se ocuparon de su práctica, ni de destruirlas. Larraín (2015) sostiene que Joseph de Arriaga, un jesuita español «extirpador de herejías», fue encargado para buscar evidencias de la idolatría que aún subsistía en 1621, interpretó esta práctica como una superstición que permitía recuperar fuerzas a los viajeros, además que sólo se trataba de piedras sin altares y no vio la necesidad de derribarlas. Arriaga se expresaba así:

«A estos montoncillos de piedra suelen llamar [los españoles] Apachitas, y dicen algunos que los adoran y no son sino piedras que han ido amontonado [los indios] con esta superstición: ofreciéndoles a quienes les quita el cansancio y les ayuda a llevar la carga, que es apacheta» (1999 [1621]).

Debemos indicar que finalmente se tomaron algunas acciones para evitar esta práctica, por ejemplo: Arriaga consideró dentro del cuestionario para la extirpación de idolatrías consultar al mago donde estaban las apachetas y además en el Concilio Limense de 1551-52 se acordó reemplazar las apachetas con cruces (Valcárcel 1981: 187,188). Ciertamente la élite religiosa hispana no dio mucha importancia a las apachetas, como consecuencia de ello, hasta la actualidad ha continuado siendo parte de la religiosidad andina tan arraigada (Condori y Mamani 2012) y en muchos casos se ha influenciado por la vida actual y los cambios urbanos y viales persistiendo su culto (Galdames *et al.* 2016:530).

Al mismo tiempo la presencia Inca fue evidente por su práctica de trasladar poblados leales hacia los nuevos territorios conquistados (Rostworowski 1992:223) y ubicarlos muchas veces en espacios fortificados o estratégicos donde se guarnecían y hacían su vida diaria hasta pacificar las nuevas tierras y/o ejecutar grandes proyectos en beneficio de la producción estatal (Anders 1990:85). Estos grupos traían su propia cerámica que ha sido también registrada en otro sitio contemporáneo (Mackey y Nelson 2020), este tipo de vasijas se han identificado, en cerro El sapo, asociadas a un sitio fortificado, además de contextos domésticos y producción de alimentos.

Otras nuevas acciones de cambios post conquista Inca es el replanteo de la ubicación de los caminos y su clara señalización con huancas, además de la planificación de grandes obras hidráulicas y agrícolas que generen excedente de bienes en beneficio del gobierno recurriendo para ello al traslado de poblaciones foráneas hacia el valle de Chicama. Estos aspectos serán explicados y analizados en las siguientes páginas.

2. UBICACIÓN, CONTEXTOS ARQUEOLÓGICOS Y METODOLOGÍA

Cerro el Sapo está localizado a 1 km al noreste del actual poblado de Facalá, pertenece al distrito de Ascope, provincia de Ascope, valle de Chicama, departamento La Libertad (Figura 1), en la Costa Norte del Perú. Se ubica en el centroide 703760 E / 9147416 S. UTM. Zona 17M, Sistema WGS 84. El Ministerio de Cultura tiene declarado a este complejo como Zona Arqueológica Monumental Huaca Facalá, con la Resolución N.º 1826 de fecha 29/11/2009, sin embargo, también se le menciona como complejo arqueológico «La Laguna», «Alto de la Pichona» y «San José». Las apachetas están distribuidas en los extremos norte y sureste de Cerro El Sapo donde se localizan los pasos hacia una nueva zona del valle (Figuras 2, 3).

El sitio en estudio es parte de un extenso complejo arqueológico con una diversidad de contextos donde hemos registrado los siguientes:

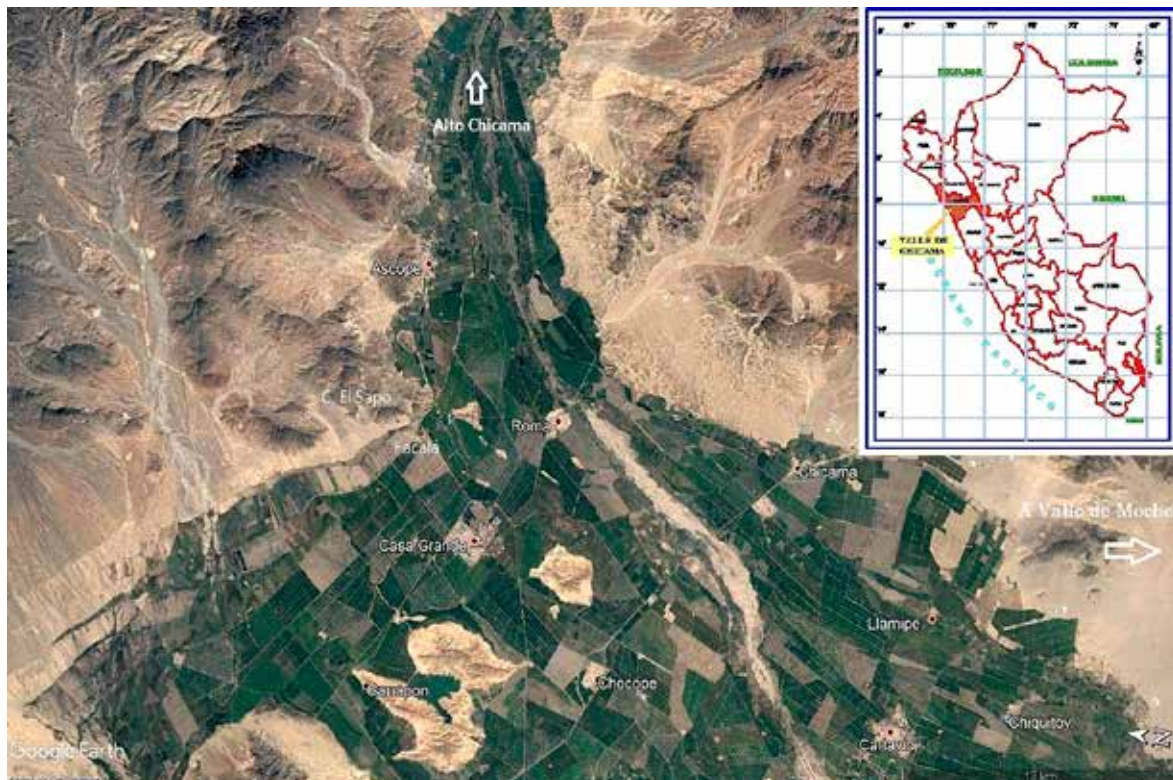


Figura 1
 Ubicación política de cerro El Sapo



Figura 2
 Contextos arqueológicos identificados



Figura 3
Camino y accesos en cerro El Sapo



Figura 4
Vista general de un tramo de acueducto de Ascope



Figura 5
Vista general de huancas 1, 2 y apachetas, vista desde el paso norte



Figura 6
Vista de Huanca
en la ladera oeste de cerro El Sapo



Figura 7
Muro de forma trapezoidal



Figura 8
Muro cercano a las apachetas 1 y 2



Figura 9
Muro trapezoidal que cerca lado norte del área

- A. Cinco cementerios (Figura 2) ubicados en dunas estabilizadas. En su superficie se observó cerámica Salinar, Horizonte Medio, Moche y Chimú.
- B. Un cementerio al oeste de cerro El Sapo.
- C. Un cementerio al noroeste en Pampa de Mocan al que los pobladores llaman Huayan.
- D. Cinco apachetas agrupadas en dos sectores (Figura 2) donde se localizaban los pasos o quebradas que permitían el acceso hacia el valle.
- E. Una red de canales conocido como «Acueducto de Ascope» y San José (Figura 4).
- F. Huancas (Figuras 5, 6).
- G. Un muro trapezoidal que anulo el paso suroeste (Figuras 2, 7 y 8).
- H. Un muro trapezoidal que cerca toda la quebrada en el extremo norte del sitio (Figuras 2, 9) obligando dirigirse y transitar hacia el paso norte.
- I. Restos arquitectónicos colapsados de una vivienda asociados en sus alrededores a fragmenteria de vajilla de porcelana y loza monocroma y decorada, botones, botellas, objetos de metal, estatuillas de biscuit entre otros, ubicada al oeste de cementerio 3 (Figura 10).
- J. Ambientes y depósitos con muros de tapia dispersos en la planicie entre cerro El Sapo (Figuras 11 a 17) y los actuales campos agrícolas (área algunas veces registrada como Pampas de San José).
- K. En Cerro El Sapo se construyó una fortaleza durante el Horizonte Tardío, se organiza espacialmente en una serie de murallas concéntricas que se adaptan a la irregularidad del terreno (Figura 18) y otras dispersas que tienen como objetivo evitar el avance de un grupo de adversarios que deberían ir venciendo una a una para alcanzar la cima. La gran extensión de las murallas registradas (que excede a áreas contiguas), la técnica y diseño constructivo son un claro indicador que esta obra monumental fue planificada y ejecutada por mucho tiempo y no se trata de una pequeña fortaleza si no, de todo un monumento que mostraba el poder bélico de los Incas.

En esta investigación hemos usado como metodología el reconocimiento del territorio mediante la ejecución de una prospección de superficie con el objetivo general de identificar y registrar la presencia de montículos de piedra asociados a las rutas de caminos prehispánicos y en cerro El Sapo estructuras y elementos culturales. Para delimitar el espacio a prospectar se ha considerado la delimitación cultural y geográfica que recorre dos pasos usados como áreas de tránsito y que son ramales del camino prehispánico registrado como tramo VIII. La Cumbre – Pampas de Cayaltí, Sub tramo La Cumbre – La Arenita. En cerro El Sapo se dividió por las laderas este y oeste.

Previamente se ha consultado toda la bibliografía referente al área y tema investigado, además de la cartografía del área como la Carta Geográfica 16-e CHOCOPE, se ha recopilado información bibliográfica de los caminos registrados en la zona. Para la ejecución de la prospección al tratarse de evidencias asociadas directamente a rutas de caminos que no han dejado demarcaciones de su existencia se ejecutó una prospección de cobertura total considerándose una distancia de 100 metros a cada lado de la ruta de los caminos tanto al ascenso o descenso del paso, distanciándose cada prospector a 20 metros por lado al no tener mayor problema con la visibilidad superficial y la accesibilidad. Todas las evidencias asociadas a las apachetas, fueron georreferenciadas con un GPS Garmin Oregon 650, usando la proyección UTM, sistema WGS 84 y se realizaron registros con drone DJI Mavic Air 2.

Se registró cada acumulación de piedras independientemente usando una cámara fotográfica Nikon de D3000 y describiendo sus características y registrando in situ toda evidencia material y en particular cerámica.

Con todos estos procedimientos se tuvo como objetivo general registrar, identificar, describir y proponer que las actuales evidencias de acumulaciones de piedras de diverso tamaño corresponden a huancas, apachetas y «cargas» que han perdido su forma por acciones antrópicas y naturales y que estaban asociadas a rutas de caminos prehispánicos, además se identifica la ocupación en cerro y se registró en superficie fragmentos cerámicos diagnósticos que permitan compararlos con otros ya reportados.

La identificación de la cerámica se ha efectuado por la forma considerándose exclusivamente cuatro categorías: ollas, cuencos, platos y cántaros por ser los que tienen mayor presencia. Para su análisis se ha registrado la técnica de elaboración, dimensiones, tratamiento de la superficie y una descripción del gollete, el cuerpo y decoración.



Figura 10
Fragmentos de porcelana
registrados al oeste de cementerio 3



Figura 11
Ambientes construidos
con muros de tapia



Figura 12
Ambientes construidos con muros de tapia



Figura 13
Ambientes construidos con muros de tapia



Figura 14
Ambientes construidos con muros de tapia



Figura 15
Ambientes construidos con muros de tapia



Figura 16
Ambientes construidos con muros de tapia



Figura 17
Ambientes construidos con muros de tapia

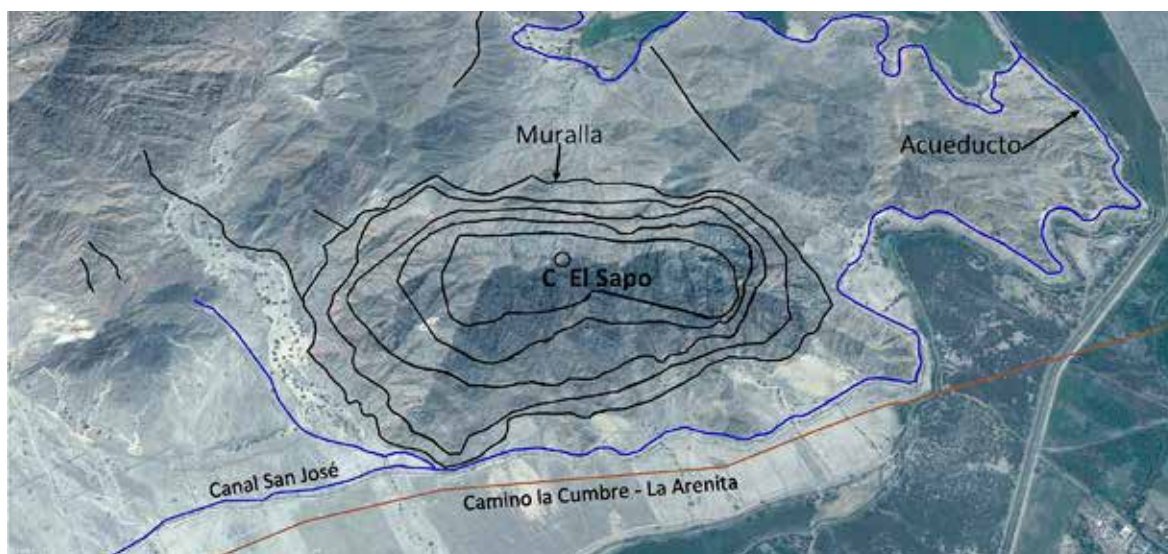


Figura 18
Murallas que rodean cerro El Sapo

3. CARACTERÍSTICAS GEOGRÁFICAS Y ECOLÓGICAS DE CERRO EL SAPO

Cerro El Sapo presentó dos condiciones particulares que lo hicieron ser parte activa de la sociedad y la élite que gobernaba; en primer lugar, sus características geográficas que lo convertían en un punto de control para el tránsito de las personas y la movilización de bienes. Cerro El Sapo conformaba un vértice que obligadamente, si se quería acortar varios kilómetros de caminata, se tenía que bordear o cruzar al este hacia los poblados de Ascope y del Alto Chicama (Figuras 2, 3). Era un punto de control natural y paso obligado en épocas prehispánicas, características que Topic y Topic denominarían *ruta de intercambio* refiriéndose a que proveen acceso a regiones importantes y están acompañadas por construcciones fortificadas (1981). El cerro El Sapo junto a Cerro Mocollope son los de mayor tamaño en esta parte del valle por lo que su ocupación fue también un símbolo de poder y ritualidad ante la población.

La evidencia de la cerámica registrada en los cementerios de cerro El Sapo indica que para el periodo Formativo ya se había ocupado el sitio, sin embargo, hay condiciones ecológicas que hacen de este lugar un recurso constante para su explotación, por lo que deben existir ocupaciones más tempranas. La presencia de canales de agua cercanos (el acueducto de Ascope, San José, La Paiján, Yalpa y otros) en época de abundancia del líquido elemento permitió irrigar todo el sector del Alto de la Pichona e incluso las Pampas de Mocán donde aún se observan los campos de cultivo con surcos y una extensa y compleja red de canales (Clement, 2017, Caramanica 2018, Huckleberry *et al.* 2018), además la existencia de una «laguna» y quebradas que conducían agua en épocas de lluvias o eventos ENSO y permitían la presencia de vegetación y/o cultivo temporal en la zona, generó una agricultura oportunista que fue constante,

cuando se daban las condiciones climáticas, y además se asociaba a pastoreo, caza y recolección de plantas e invertebrados (Gálvez y Runcio 2015:247), un caso más complejo de oportunismo ha sido registrado en la Pampa de Mocan (Caramanica 2019).

No debemos dejar de mencionar que la toponimia «Cerro El Sapo» se debe a un fenómeno de Pareidolia donde a distancia de varios kilómetros, desde el lado oeste y noroeste, en la parte central de la cima del cerro se puede observar un batracio (Figura 19) y mucho más cerca y en un determinado ángulo esta junto a uno más pequeño, por el simbolismo de este batracio en épocas prehispánica ¿esta característica habría sido parte de la sacralidad de este sitio?

Por estas condiciones cerro El Sapo fue considerado en todos los planes de organización de las diversas sociedades que usaron este espacio del valle de Chicama, particularmente los Chimú y los Incas, estos últimos han sacralizado las geoformas (Vitry 2017) haciéndolas aliadas para el sometimiento de las nuevas poblaciones conquistadas.



Figura 19
Vista general de cerro El Sapo

4. LAS EVIDENCIAS INCA

Las evidencias y sus contextos en primera instancia serán abordados desde las apachetas, sus antecedentes, asociaciones y ubicación; segundo explicando y detallando los cambios en la ruta de tránsito y su señalización mediante el uso de huancas, el tercero reportando la presencia de cerámica en contexto con otras evidencias en las laderas de cerro El Sapo.

4.1 Las apachetas, antecedentes y su contexto geográfico y social

Los estudios arqueológicos indican que las apachetas han sido registradas en sitios de altura como en los caminos de la sierra sobre los 4200 msnm (Hyslop 1992), sin embargo, Pimentel (2009) propone que estas no solo se localizan sobre los 4000 si no que existen más bajas (2600 msnm). En cuanto a su contexto geográfico, se les ha ubicado a los costados de las sendas y caminos de la cordillera, generalmente en las abras, portezuelos, partes altas de una cuesta y raramente en lugares llanos

(Vitry 2000, García 2007), en los cruces de caminos y lugares más elevados de las abras (Merlino y Rabey 1993, Arroyo 2004:39, Castro 2004:114), también se les registra en entre lomajes suaves y un carcanal de ignimbrita (Pimentel 2009:11) y junto a los caminos, en los puertos y abras de una serranía por donde se pasa de uno a otro valle o del valle a la puna; además de localizarse en sitios donde se puede tener una visión panorámica del entorno y de la vista principal (Pimentel 2009, Regal 1936). Larraín (2015) sostiene que se ubican como indicadores de descanso ya que en estos lugares se localizan los lugares de reposo de las caravanas de llamas que marchaban con carga para efectuar el trueque y comercio.

Una característica es que los sitios donde se emplazan las apachetas tienden a haber sido sacralizados, se relacionan no solo con el nuevo horizonte o ciudad, o la ruta que los llevará a esta, sino a límites de un territorio con otro, al mismo tiempo con el término de un espacio y el inicio de otro (Regal 1936). La ubicación de las apachetas permite la construcción de un espacio simbólico y ritual jerarquizado, ya que pueden estar localizadas en abras, cumbres de cerros, puntos y cruces de caminos, veredas y santuarios locales (Galdames, 1990) que muchas veces era la puerta de entrada hacia un apu sagrado y formaba parte inicial del ritual para acceder a las deidades tutelares (Arroyo 2004: 41).

Se propone también que las apachetas sirvieron como demarcadores de una geografía sagrada y circuitos de peregrinación ritual (Galdames *et al.* 2016: 526), marcador espacial (Vitry 2002, Nuñez y Nielsen 2011), demarcador del espacio social y productivo (Sanhueza 2004), además se le relacionan con el viajero y obviamente con las sendas y el camino (Guaman Poma 1980:236), ya que las mismas se relacionan con el descanso, las fuerzas para continuar, la protección, la salud y el permiso para ingresar a un lugar nuevo (Galdames 1990: 21).

En el lugar donde se localizaban (Chirinos y Ríos 2019: 29) eran indicadores que se debería orar e invocar a la divinidad (Larraín 2015, Cassigoli 2004:169), y además era un «espacio de consulta» de acuerdo a como caía el guijarro (Castro 2004:114). En la actualidad se ha registrado también su uso para dejar allí «cigarros, mate, azúcar, sal para brindar a algún caminante que los necesite» (Cassigoli 2004:169) o como ofrendas que además incluye cejas, cabellos y productos de la chacra. Se menciona también que la ofrenda garantiza el éxito en los negocios, avalan la vida, salud y bienes de los hijos recién nacidos, y aseguran la multiplicación de sus ganados y sus cosechas, así como el feliz retorno (Arroyo 2004: 39-40).

En este trabajo son detalladas y analizadas las evidencias de las apachetas para explicar sus orígenes, estructura y el contexto geográfico y ritual donde han sido halladas, además se hace un registro de otros elementos viales y la reorganización misma del área para controlar la movilización de la población después de 1470. Se agrega a este estudio una visión general de la ocupación de cerro El Sapo en base a la comparación de las formas de las ollas y su decoración.

4.2 Los accesos y ubicación de las apachetas

Cerro El Sapo presenta dos pasos, uno al extremo sur este, donde se localizan las apachetas 1 y 2 y otro al norte donde se ubican las apachetas 3, 4 y 5. Estos pasos son pequeñas quebradas naturales donde era más accesible y corto el tramo para alcanzar la cima y poder continuar hacia otros valles.

El paso sureste

El camino prehispánico registrado como Sub tramo La Cumbre - La Arenita, se bifurcaba muy cerca al cerro El Sapo, continuando una de sus vías por el actual poblado de Roma, pasando el río Chicama y La Pascona (Figura 3), hasta llegar al valle de Moche. La otra vía, que se orientaba de noroeste a sureste fue dirigida hacia un acceso limitado por la margen derecha de acueducto de Ascope y la ladera sur este de cerro El Sapo, aún se puede observar un área transitable que recorre 670 metros con un camino que tiene 8 metros de ancho (Figura 20), hasta llegar al paso sureste (Figura 2), que se iba elevando desde los 228 msnm hasta los 271 msnm y luego descendía pasando por las apachetas 1 y 2 localizadas a escasos metros hacia el lado oeste (Figura 21), continuando esta ruta, hacia los poblados de Ascope y del valle Chicama Medio y Alto.

Las dos apachetas asociadas a estos pasos presentan las siguientes características:

- **Apacheta 1.** Se define por una dispersión circular de las piedras que conforman un diámetro de 3,20 m ha sido disturbada por excavaciones clandestinas (Figura 22), con un pozo que mide 1,70 m de largo \times 0,76 m de ancho, el disturbamiento ha permitido observar que bajo todas las piedras presentaba, incrustada en la tierra, una piedra de mayor tamaño con un orificio de 0,09 m de diámetro en su parte central (Figura 23). La piedra tiene 1,03 m de largo, un ancho que varía de 0,09 m a 0,57 m y un alto de 0,47 m y corresponde al tipo granito que existen en los alrededores. Es evidente que se trató de un pequeño montículo de piedras con una planta irregular conformada por piedras de varios tamaños las más pequeñas median 2 cm y las de mayor tamaño 30 \times 22 cm. La excavación clandestina indica que indistintamente el montículo estuvo conformado por piedras de diverso tamaño pero que la gran mayoría lo conformaron piedras pequeñas. Cuatro fragmentos de cerámica negra decorados con «*piel de ganso*» se registraron en esta apacheta (Figura 24).

- **Apacheta 2.** Su diámetro es 4,50 m \times 3,90 m. También ha sido excavada por buscadores de tesoros, en su parte central develándose que bajo el amontonamiento de piedras se encontraba una piedra de mayor tamaño que mide 0,70 m de largo \times 0,40 m de ancho y en unos de sus extremos presenta un orificio irregular que mide 0,13 m \times 0,16 m (Figura 25) además de dos hendiduras naturales (Figura 26). Comparándola con la apacheta 1, esta es de menor dimensión sin embargo presenta piedras de mayor tamaño, en la actualidad la altura de esta apacheta es de 0,59 m las dimensiones de las piedras varían desde 0,28 m \times 0,23 m hasta la mas pequeña pequeña que media 0,02 m por lado.



Figura 20
Camino que pasa por a las apachetas 1 y 2



Figura 21
Vista general de apachetas 1 y 2 y Muralla



Figura 22
Vista general de apacheta 1



Figura 23
Detalle de apacheta 1 y huanca



Figura 24
Fragmentos de cerámica hallada en apacheta 1



Figura 25
Vista general de apacheta 2



Figura 26
Hendiduras en apacheta 2

El paso norte

Este paso orientado de noroeste a sureste aprovechó una pequeña quebrada (Figura 27), se asciende desde los 253 hasta los 315 msnm. En la parte más alta se estrecha (Figura 28) llegando a 3 metros de ancho. Luego se empieza el descenso, donde aún se observa rastros de un camino (Figuras 29 y 30), que pasaba muy cercano a las apachetas 3, 4 y 5 es evidente que este tramo de descenso ha sido adaptado para brindar un camino con un descenso menos abrupto (Figura 31) que continuaba por el sector conocido como la Laguna o Alto de la Pichona, pasando por cerro San Bartolo, llegando a Ascope y continuando hacia el valle Medio y Alto de Chicama.



Figura 27

Acceso norte hacia apachetas 3, 4 y 5



Figura 28

Cima de acceso norte, vista de noreste a sur este



Figura 29

Camino que pasa muy cerca a apachetas 2, 3 y 4



Figura 30

Tramo de camino que pasa muy cerca a apachetas 2, 3 y 4

En detalle estas tres apachetas han presentado la siguiente información:

- **Apacheta 3.** Presenta un diámetro de 9 m, excavaciones ilegales en su parte central han develado que enterrado bajo el nivel de la superficie se encuentra una piedra de forma irregular de granito que mide 1,25 m por 0,80 m y que en una de sus caras presenta varios círculos cóncavos que miden entre $0,12 \times 0,11$ y $0,06 \times 0,06$ m y que fueron hechos exprofesamente (Figura 32).



Figura 31
Vista de apacheta 3
y en segundo planos dos huancas



Figura 32
Huanca disturbada en apacheta 3

Las piedras son de variados tamaños, en su lado norte se puede observar una concentración de piedras dispersas de mayor dimensión (Figuras 33, 34), se trata de «cargas» que han sido registradas y reportadas en estos contextos (Pimentel 2009). Entre los restos de piedras ofrendadas se han hallado tres fragmentos de cerámica (Figuras 35, 36, 37) que corresponden al periodo Intermedio Tardío.



Figura 33
Vista general de apacheta 3

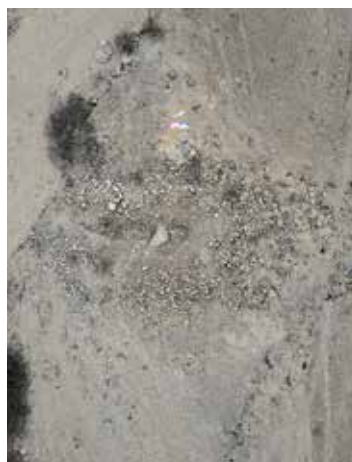


Figura 34
Fotografía
con dron
que muestra
el estado actual
de la apacheta



Figura 35
Fragmentos de cerámica asociados a apacheta 3



Figura 36
Fragmentos de cerámica asociados a apacheta 3



Figura 37

Fragmentos de cerámica asociados a apacheta 3



Figura 38

Apacheta 4 y huancas disturbadas

· Apacheta 4. Las piedras que lo conforman están dispersas en un área de 9×7 m. Un pozo de huaquero que tiene 0,85 m de ancho y 0,74 m de profundidad ha disturbado dejando expuestas cuatro piedras que estuvieron empotradas en la tierra (Figuras 38, 39), la piedra más grande ubicada al oeste mide 1,49 m de largo y un ancho que varía entre 0,42 y 0,19 m. La otra piedra al norte mide 1,12 m por 0,36 m. Al Oeste existe otra piedra que presenta las medidas de 0,90 m por 0,33 m en la parte inferior hay otra piedra más con las medidas 0,67 m por 0,30 m. Las piedras ofrendadas en esta apacheta miden desde 2×2 cm y la de mayor tamaño 0,40 m, por lado en promedio. A su alrededor presenta una gran cantidad de «Cargas» (Figuras 40, 41). Dos fragmentos de cerámica se han registrado en este contexto (Figuras 42, 43).

Un nuevo dato registrado solamente en esta apacheta es que presenta las bases de piedra que conformaron un recinto de planta rectangular (Figura 44) y al interior de éste se ubicaba la apacheta y las tres huancas, no sabemos si este tuvo más de una hilera de piedras que conforma un recinto y la encerraba, lo más probables que se trató de unas bases de piedras para que permita arrojar sobre ella las ofrendas, además se registra en este contexto otras piedras de menor tamaño «clavadas» sobre la superficie a modo de pequeñas «huancas» (Figura 45).

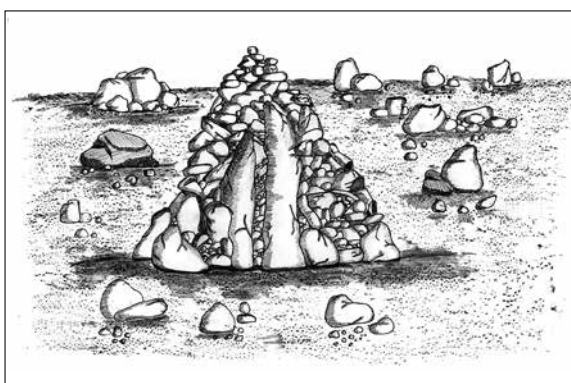


Figura 39

Reconstrucción gráfica de apacheta 4



Figura 40

Distribución de piedras y cargas de apacheta 4

Figura 41
Toma
fotográfica
con dron del
estado actual
de apacheta 4



Figura 42
Fragmento de plato de cerámica Chimú
en apacheta 4

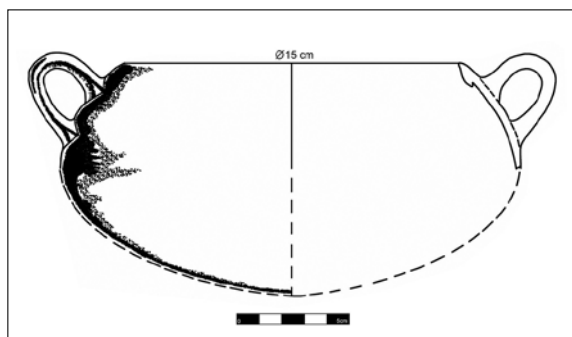


Figura 43
Fragmento de olla de cerámica
asociada a apacheta 4



Figura 44
Apacheta 4 con la presencia
de piedras alineadas



Figura 45
Apacheta 4, cargas empotradas en el suelo



Figura 46
Apacheta 5, vista general

· Apacheta 5. Su diámetro de planta que concentra a la acumulación de piedras es de 4,60 por 4,30 m aunque su parte con mayor concentración es de 0,85 × 0,75 m su altura es de 1,05 m, en promedio las ofrendas más grandes miden 0,37 por 0,17 m y las de menor tamaño 0,02 × 0,02 m (Figura 46). En sus extremos presenta piedras de mayor tamaño. Se registraron cuatro fragmentos de cerámica (Figuras 47, 48 y 49).

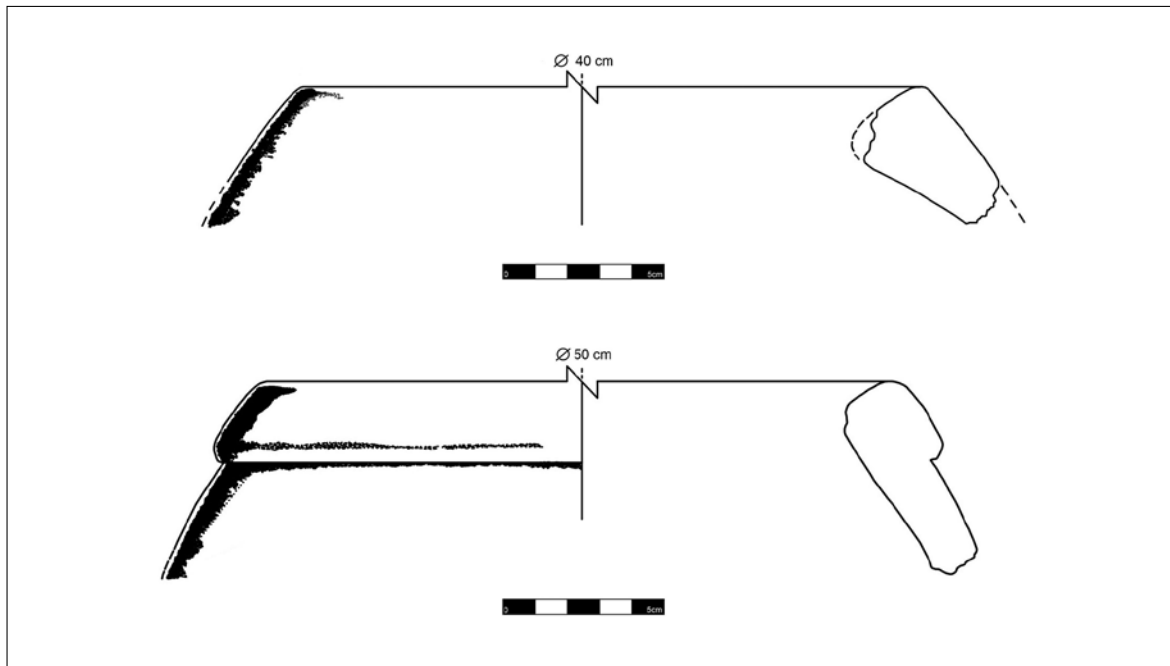


Figura 47
Fragmentos de tinajas asociados a apacheta 5



Figura 48
Fragmentos de silbato
asociados a apacheta 5

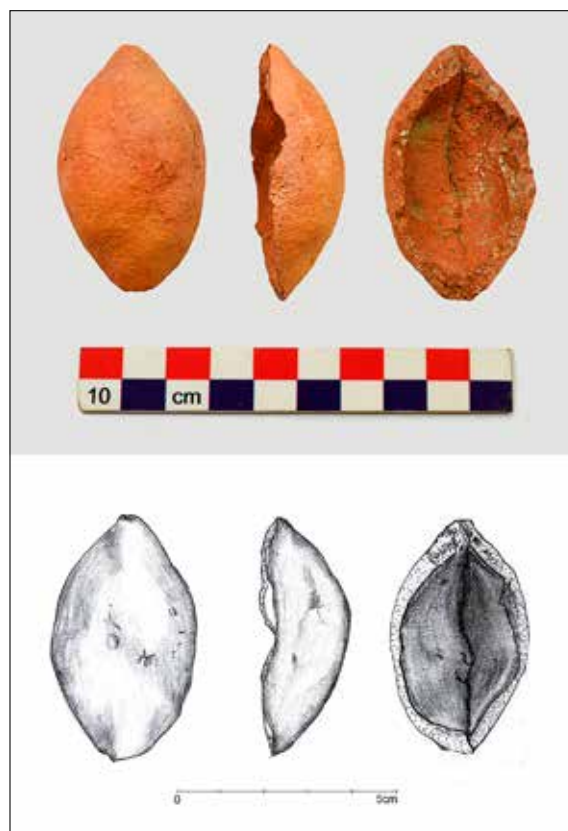


Figura 49
Fragmentos de instrumentos musicales
asociados a apacheta 5

4.3 La cerámica asociada a las apachetas

Los escasos fragmentos de cerámica registrados en la superficie nos han brindado la siguiente información:

- En la apacheta 1, se hallaron cuatro fragmentos de cerámica negra que pertenecen a una misma vasija, están decorados por la característica «*piel de ganso*» y su superficie estuvo alisada (Figura 24), corresponden al típico estilo Chimú.

- En la apacheta 3 registramos tres fragmentos de cerámica: un gollete fragmentado que pertenece a un cántaro de cerámica negra (Figura 35), con labio redondeado y paredes que al pulirse dejaron improntas paralelas. Un fragmento de Plato de cerámica negra pulido en su interior y exterior (Figura 36), labio redondeado, tipos similares se ha reportado en el taller de Cañoncillo (Donnan 1997:45). Un fragmento de gollete alisado y pintado de color crema en su pared interna (Figura 37).

- En la apacheta 4 se halló dos fragmentos de cerámica uno correspondía a un plato típico Chimú (Figura 42), con labio redondeado y acabado pulido y el otro a una olla cocida en horno abierto (Figura 43), con asa lateral cintada localizada muy cerca del labio y con el cuerpo alisado, similar estilo ha sido reportado por Donnan y Mackey (1978:366-369), Donnan (1997: 44) y Castillo (2018:44, 48 fig. 17d).

- Apacheta 5, se registraron dos fragmentos de tinajas (Figura 47) uno de estos con borde reforzado, además de dos instrumentos musicales (Figura 48), uno corresponde a la boquilla y parte del cuerpo de una pequeña trompeta que presenta un orificio en su parte central, estos instrumentos, burdamente elaborados y en todos sus casos entrecruzados algunos de cuerpo cilíndrico y otros achatados pintados en color crema, los hemos observado con fuerte presencia y completos en los cementerios disturbados en la ladera oeste de cerro El Sapo, por lo que parece fue una tradición acompañar a los difuntos con estas ofrendas.

El otro instrumento musical es idiófono, se trata de uno de los lados de una maraca (Figura 49) sin mango que mide 6 cm de largo por 3,5 cm de ancho y que por las juntas observadas en su interior se trata de un objeto moldeado con paredes de 3 a 4 mm de espesor, y temperante que va de 1 a 2 mm.

4.4 Los caminos y huancas

En los registros del Proyecto Qhapaq Ñan se indica que contiguo a la ladera oeste de Cerro El Sapo, se ubicaba el tramo VIII. La Cumbre – Pampas de Cayaltí, Sub tramo La Cumbre – La Arenita. «*El camino se inicia en la quebrada de Mocán. Existen evidencias en la zona La Arenita, en la ladera del cerro Pan de Azúcar, conservándose una calzada de arena semisuelta, con un ancho promedio de 5 m; muestra fragmentos de cerámica en superficie. El trazo es semirecto con dirección norte-sur. Es interceptado por otro que*

presenta una dirección noroeste-sureste y conserva sus bordes con alineamientos de piedras sueltas, de 0,15 m de alto y 0,20 m de ancho; el ancho de su calzada es de 5 m.....El camino continua en la zona de Chicamita, mostrando una calzada de composición compuesta semi-suelta de arena y gravilla...» (I.N.C. 2004:13,14). La Cumbre – Pampas de Cayaltí es el camino principal donde confluían varios caminos menores que venían del lado norte y de Cupisnique como el Camino «P» (Hecker y Hecker 1990:90), la vía comunicaba esta parte del valle entre el norte, sur y este, por lo que su uso era masivo, por su trazo en línea recta permitía el recorrido más corto hasta el valle de Moche, al llegar a cerro El Sapo este camino se bifurcaba continuando un ramal hacia los pueblos serranos del Alto Chicama (Figura 3). Cerro El Sapo conformó una vía obligada de tránsito y una movilización constante y para no rodearlo en toda su longitud se optó por ascender por sus pasos naturales localizados en sus extremos norte y sur este.

Este camino presenta evidencias de señales que indicaban la ruta a seguir, se trata de tres huancas, dos ubicadas en la cima del paso norte (Figuras 5, 31) que conduce hacia las apachetas 3, 4 y 5 y la otra en ladera oeste (Figura 6) muy cerca del camino La Cumbre – Pampas de Cayaltí.

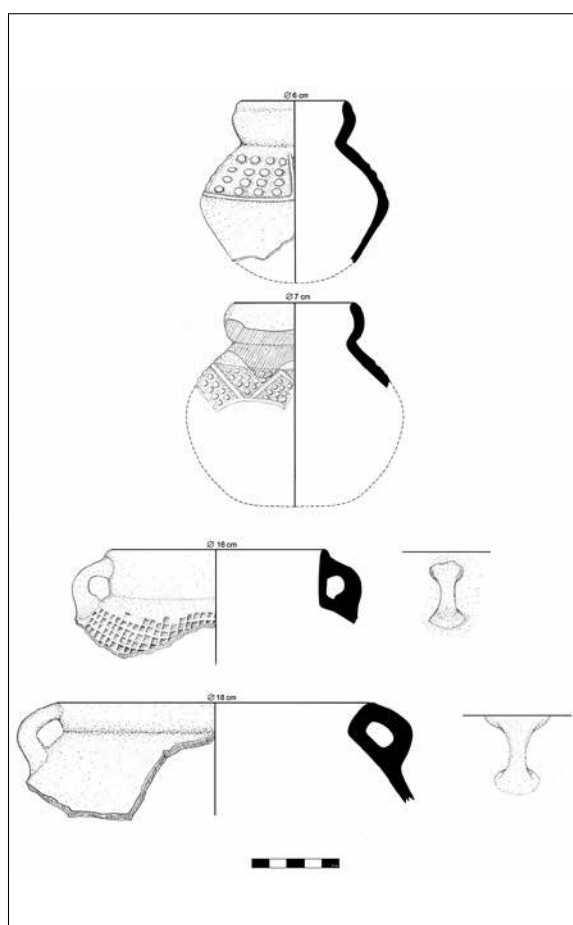


Figura 50
Ollas
registradas en cerro El Sapo

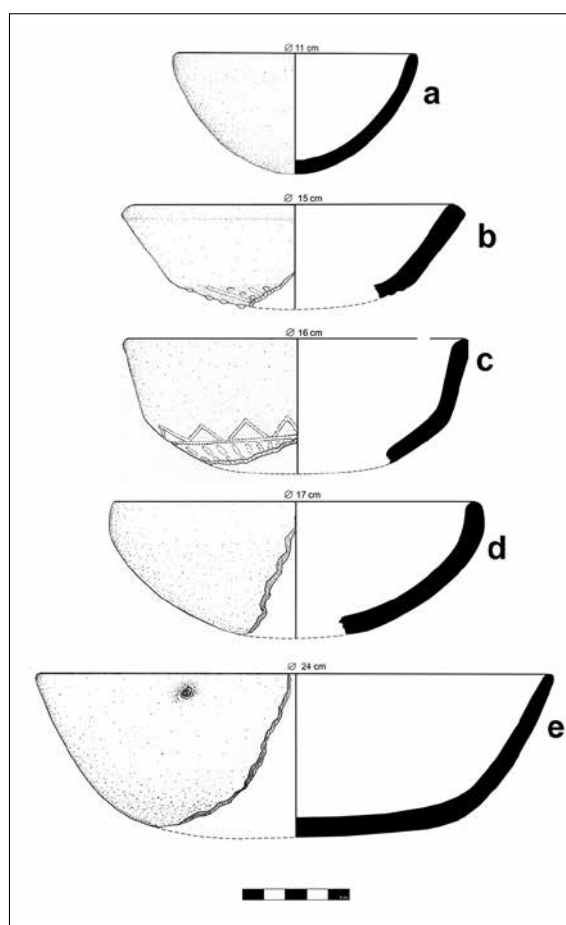


Figura 51
Tipos de cuencos
procedentes de la ladera oeste de cerro El Sapo

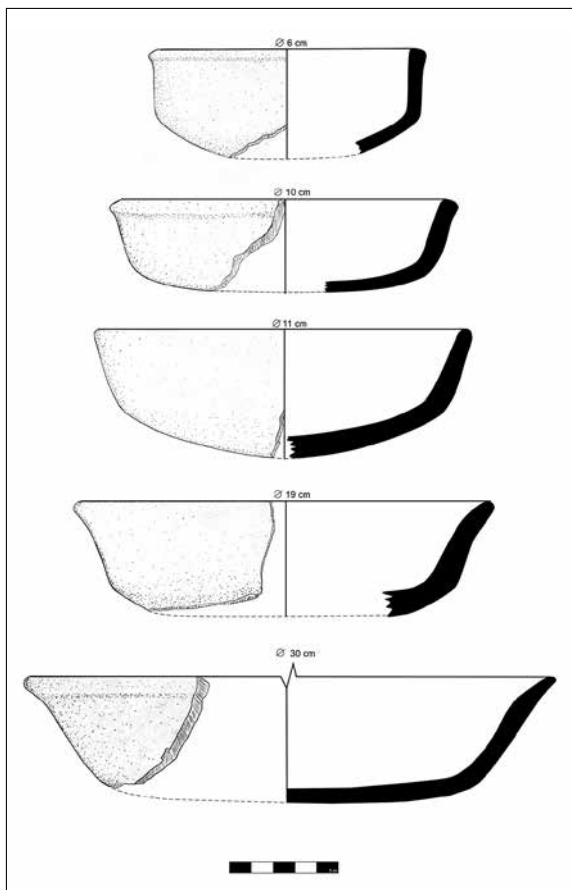


Figura 52

Registro de platos hallados en cerro El Sapo

5. ARQUITECTURA Y CERÁMICA EN CERRO EL SAPO

Cerro El Sapo mide 1500 metros de largo por 1000 metros de ancho, la totalidad de su superficie fue encerrada en su mayor parte por cinco murallas concéntricas, la arquitectura esta dispersa en todo el cerro sin embargo las concentraciones de arquitectura las encontramos en las laderas oeste y este.

En la ladera oeste se observan, protegidos por la primera muralla, terrazas diversas aglutinadas asociadas casi siempre a restos de comida, abundantes fragmentos de cerámica que en su mayoría corresponden a pequeñas ollas, cuencos y platos (Figuras 53, 54), existen una variedad de pequeños cuartos que pueden ser depósitos (Figura 55) y en la parte más alta varios batanes contiguos (Figura 76). En diversas partes de esta ladera hay aterrazamientos en los promontorios y salientes que pueden ser atalayas defensivas (Figura 56). Luego de la segunda

muralla un patio destaca como elemento arquitectónico (Figura 57) y muy cerca a este se ubica una muralla donde identificamos un acceso con banqueta de control (Figura 58). Al parecer en total son cinco murallas que se registraron en este sector.



Figura 53

Cerámica observada y registrada en cerro El Sapo



Figura 54

Tipos de vasijas registradas in situ en cerro El Sapo



Figura 55
Depósitos agrupados
en el sector 1



Figura 56
Puestos de vigilancia y atalaya
en cerro El Sapo



Figura 57
Patio localizado en el sector 1
de cerro El Sapo



Figura 58
Acceso y banqueta del muro 2
ubicado en el sector 1

En la ladera este registramos, en la primera muralla, construcciones a desnivel a modo de contrafuertes y escalinatas (Figura 59) que permitieron alcanzar su parte alta y al mismo tiempo darle mayor estabilidad. Luego de la primera y segunda muralla aparecen construcciones corresponden a depósitos, viviendas y áreas administrativas (Figuras 60, 61) asociadas a cerámica que pertenecen a platos, cuencos, ollas y en menor cantidad a tinajas con características similares a las reportadas en la ladera oeste (Figuras 53, 54).

Cerro El Sapo presenta una arquitectura compleja y diversas ocupaciones, esta descripción se limita a las evidencias superficiales de la última ocupación y se realizó en base a una prospección. El cerro fue convertido en una fortaleza o pukará por 5 murallas concéntricas (Figuras 18, 62) que se organizaron en cortinas con un terraplén y contramuralla, además de contrafuertes conformados de terrazas dobles escalonadas y adosadas a la contramuralla que cumplía también la función de acceso a estas (Figura 59) miden entre 0,90 y 1,20 metros de ancho.



Figura 59
Contrafuertes y escalinatas localizados
en la muralla 1, ladera este



Figura 60
Viviendas y áreas administrativas,
ladera este



Figura 61
Viviendas y áreas administrativas,
ladera este



Figura 62
Murallas en la ladera este
de cerro El Sapo

La parte alta de la muralla debió tener un adarve donde podían mantenerse y movilizarse la fuerza militar y sus pertrechos, el alto de la muralla fue alrededor de 3,60 a 4 metros y su base en el caso de los muros más anchos midió 4 metros (Figuras 68, 70). En la ladera este el muro 2 presento un ancho en su cabecera de 1,50 metros.

La extensa presencia de murallas, garitas y miradores para centinelas se encuentran extendidos en todas las salientes del cerro (Figuras 56, 63, 64), la extensión de las murallas hasta los cerros contiguos dificultó la rápida llegada a la parte nuclear localizada en cerro El Sapo.

Figura 63
Murallas que
se adaptan a la
configuración de
la superficie





Figura 64

Murallas que se adaptan a la configuración de la superficie

El material constructivo para las murallas y contramurallas fueron muros de mampostería y su materia prima fue obtenida de canteras del mismo cerro, su aparejo es irregular (Figuras 65, 66, 67), los paramentos se trabajaron en seco con piedras mayores bien trabadas y piedras de menor tamaño a modo de pachillas. Entre ambas cortinas se relleno generalmente con cascajo y gravilla quedando ésta encamisada por la mampostería y conformando un terraplén (Figuras 68, 69), en otros casos todo el componente se conformó de piedra (Figura 70). En la cortina de la contramuralla, en determinados tramos, se adosaron contrafuertes a modos de escalones (Figura 59) que no solo dieron estabilidad a la muralla, al mismo tiempo facilitó el acceso hacia el adarve o a la parte alta de la muralla. Las bases de las murallas fueron asentadas directamente sobre la roca madre o sobre la superficie y generalmente se usó las piedras de mayor o mediano tamaño que fueron colocadas por hiladas en simultáneo en la muralla y contramuralla (Figuras 65, 70) y luego rellenas en su interior con gravilla o piedra (Figura 68). La construcción se planificó en secciones de muros que en algunos casos es evidente que se usaba diferente cantera y aparejo (Figuras 65, 66, 67). Las murallas se han adaptado a la configuración del terreno integrando muchas veces piedras in situ de gran tamaño como complemento de la cortina (Figuras 63, 64), ésta fue una técnica para construir de manera rápida y eficaz esta construcción defensiva. La cortina exterior mantiene una inclinación que se soporta en el terraplén dando así mayor estabilidad a la muralla y transmitiendo por compresión el peso hacia las piedras mayores que conforman la base. En la actualidad observamos que muchas de las cortinas han colapsado sin embargo el terraplén permanece manteniendo la forma y casi siempre la contramuralla (Figura 69). Se registró un acceso de 80 cm de ancho ubicado en el tercer muro de la ladera Oeste y junto a este en su paramento interno una banqueta de control que medía 1,80 por 0,90 metros (Figura 58), lo que indica el control de los accesos para quienes transitaban, por lo que no era libre la movilización para pasar de un espacio al otro. Una plaza fue registrada delimitada por un muro de piedra (Figura 57), sus dimensiones son 10 por 10 metros. Otro acceso de 2 metros de ancho, al parecer el principal, se registró en el muro uno de la ladera este de cerro El Sapo.



Figura 65
Detalle del aparejo irregular
de las murallas en cerro El Sapo



Figura 66
Detalle del aparejo irregular
de las murallas en cerro El Sapo

Figura 67
Detalle del
aparejo
irregular de
las murallas
en cerro
El Sapo



Figura 68
Muro encamisado por mampostería
relleno por cascajo y gravilla



Figura 69
Detalle de muro colapsado
relleno de cascajo y gravilla



Figura 70
Muro relleno
por piedras
ubicado
sobre la
roca madre

Cerro El Sapo presenta una intensa y última ocupación focalizada principalmente en sus laderas este y oeste teniendo como principal evidencia la cerámica que en gran número se encuentra dispersa en el sitio. El registro de las formas y decoración brindan una fuerte evidencia de su cronología relativa sustentada por la comparación y recurrencia con los mismos estilos y atributos en otros sitios reportados con las mismas características. Se han identificado las siguientes formas:

La Ollas

Se han producido moldeadas y modeladas, son de pequeñas dimensiones con una abertura del diámetro del gollete que varían de 8 a 11 cm, raramente llegan a 15 o 16 cm y su acabado superficial es alisado, algunas presentan asas laterales ensanchadas en sus extremos que fueron fijadas entre la parte superior del cuerpo y el gollete, donde algunas veces se une exactamente en la carena (Figuras 50, 53:2). El cuerpo de las ollas pequeñas tiene un promedio de 12 cm. Las asas están comprimidas en su parte central evidencia que fue aplicada por presión.

La decoración mayoritaria y característica, es un pintarrajeado mediante una banda en color crema o blanco que puede focalizarse generalmente en la unión del cuerpo con el gollete y en el labio (Figura 53: 4; Figura 54: d, g, i), otro grupo que le sigue en porcentaje son las ollas paleteadas con sus diseños entre formas cuadradas y rectangulares (Figuras 50, 53: 2; Figura 54 k). No hemos observado paleteado en ollas cocidas en horno cerrado. En dos fragmentos se decoró con una aplicación solitaria a modo de nódulo, uno de estos presenta un punto inciso. Al parecer en toda la muestra hay un porcentaje similar entre la cocción en horno abierto y cerrado.

Hay otro grupo de ollas con decoraciones singulares por lo que pueden ser foráneas, todas se elaboraron en molde, se registró dos ollas decoradas por un pintarrajeado en una banda ancha sobre los hombros y parte del cuerpo, una de ellas decorada con botones con evidencias que el gollete se modeló y aplicó, de igual manera el asa lateral cintada, es un alfar distinto a las ollas de mayor presencia.

Tres ollas tienen decoración similar a piel de ganso (con sus gránulos de mayor tamaño) y líneas en alto relieve que en muchos casos separa segmentos donde se decora también con piel de ganso (Figuras 50, 53:1; 54: f, i). Una de las muestras presenta pulido y pintura crema probablemente en toda la vasija, las otras dos vasijas tienen un tratamiento alisado y respecto al gollete en los tres casos fue modelado, la decoración siempre se ubica en los hombros de la vasija.

Otra muestra de decoración ha sido registrada en tres vasijas, se trata de la representación de protuberancias moldeadas equidistantes hasta la parte media de la vasija (quizás representa un fruto), cada protuberancia es separada por 3 o 4 gránulos. En un caso las paredes han sido pulidas irregularmente, en otros pintarrajeados en color crema y el cuerpo alisado y un tercer caso estaba pintada gran parte del cuerpo de la vasija con un engobe crema. En los tres casos el gollete también se modeló por separado.

Se registró una olla decorada con impresiones digitiformes realizadas cuando la pieza se encontraba en estado de cuero y desde la pared interna, obviamente antes de unir el gollete, esta decoración es característica para este periodo cultural ha sido registrada en Farfán (Mackey y Nelson 2020: figura A7 39, A7 43, A7 51; y el taller de Cañoncillo (Donnan 1997:41).

Debemos indicar que las vasijas cocidas en horno cerrado tienden a mostrar mayor presentación de su superficie pulida esto es recurrente en aquellas con golletes evertidos bajos (menos de 1 cm de alto) y altos (mayores de 1 cm de alto) por lo que recibieron mayor tratamiento en el acabado final que las vasijas en horno abierto.

Registramos tres fragmentos del tipo de ollas con asa cintada que en algunos casos se une al labio (Figura 53: 3), una de las características de estas vasijas es presentar un mejor tratamiento y un pulido completo, este tipo de ollas – cuando el asa se une al labio - es un clásico marcador cronológico del Horizonte Tardío.

Los cuencos

Se registraron dos tipos, uno de paredes expandidas (Figura 51: e) y el otro entrante asemejándose a un tazón (Figuras 51: a, d; 53: 6, 7, 8). La totalidad fueron modelados, además se observa que la mayor cantidad fueron cocidos en atmósfera oxidante.

Los cuencos con paredes expandidas han sido pulidos en su pared interior, dos fragmentos presentaron decoración que correspondía a una banda roja de 2,5 cm de ancho ubicada muy cerca del labio y el resto presentó pintura crema, el otro fragmento tiene una banda de 1 cm de ancho junto al labio y otra línea que se intercepta a la primera y desciende a la parte baja. Sus paredes externas han sido alisadas de manera bastante uniforme llegando incluso a mostrar improntas lineales y evidencias del uso de plato de alfarero. Un cuenco presentó en su pared externa evidencias de paletado con un diseño mal elaborado. Los diámetros más pequeños midieron 14 cm pero la gran mayoría oscilaban entre 18 y 24 cm.

Los cuencos de paredes entrantes fueron pulidos en su interior, pero su exterior no ha recibido ningún acabado, con excepción en una mayoría de una franja cerca al labio donde se presenta improntas de alisado y usos de disco de alfarero. En lo decorativo dos presentaron pintarrajeado sobre el labio quedando evidencias de derrame de la pintura crema, en otro fragmento se observa una franja externa en alto relieve que ha sido pintada de color crema y luego se ha aplicado dos nódulos, el otro cuenco ha sido pintado externamente en todo su cuerpo en color crema y se observó una franja roja que descendía hacia la parte baja de la vasija. Su diámetro generalmente fue en un rango de 13 a 16 cm.

Los Platos

Los platos los hemos identificados por el grado de inclinación externa que en 45° de sus paredes con respecto a su base convexa. Generalmente han sido pulidos en su totalidad y modelados (Figuras 52; 53: 5, 9, 10, 11, 12), dos casos fueron elaborados con molde (Figura 51: b, c) que se hizo evidente en su decoración en la base (Figura 53: 10, 11) una correspondía a líneas en alto relieve que demarcaba espacios rectangulares paralelos donde se rellenaron con gránulo. La otra decoración es una línea que diseño

un círculo que abarcaba gran parte del diámetro de la base y dentro de este se diseñó altos relieves en forma de granos de arroz y diseños geométricos. Un plato estuvo decorado con una banda de color crema que pasaba transversalmente las paredes internas. El diámetro de estas vasijas oscilaba entre 13 a 19 cm.

Los Cántaros

Fueron modelados y con gollete expandido, en mayor cantidad con horno abierto, una buena muestra al igual que las ollas una muestra amplia presenta decoración (Figura 54: d, i) de una línea pintarrajeada en la unión del cuerpo con el gollete, observamos un caso que toda la base del cuello fue decorada por incisiones circulares. En pocas muestras se observa un asa cintada que se fijaba en el gollete a la parte media o alta del cuerpo, registramos un asa de 3 cm de ancho y 8 mm de espesor que fue decorada con dos bandas anchas transversales. Los diámetros de los cántaros fueron muy variables registrándose desde 5 cm hasta 14 cm.

COMENTARIOS

En esta parte del reporte trataremos cuatro temas: el primero de ellos sobre la presencia de los Incas y su relación con las apachetas, un segundo tema se orienta a explicar cómo se diseñan las vías de circulación luego de la conquista Inca. El tercer tema de discusión lo orientamos hacia las apachetas y su relación con los mitimaes. Un cuarto punto se trata sobre la ocupación en cerro El sapo, su cerámica, recurrencia y cronología.

LA PRESENCIA INCA Y LAS APACHETAS

Los registros arqueológicos, etnohistóricos y etnográficos de apachetas están relacionados con paisajes y rituales en la región Andina «*El espacio escogido para la construcción de apachetas, mojones, caminos incaicos y sitios asociados no es producto del azar, sino de la ideología y un profundo conocimiento de la geografía e interacción social con el medio ambiente.*» (Hyslop 1992:255-260). En una visión general del contexto geográfico donde se ubican las cinco apachetas estudiadas, indicaremos que a comparación con las reportadas en la sierra sur, solamente existe una diferencia que sería su ubicación en la Costa, luego tenemos todas las demás características de las apachetas serranas como: su ubicación junto a un camino, luego de pasar una cumbre donde se localiza otro territorio u horizonte y además es parte de un espacio simbólico y ritual que correspondería a las achachilas como Cerro el Sapo y a otros contiguos principalmente al Cuculicote que era una «... *montaña que tuvo una gran consideración y que, en este paisaje, parece haber sido el elemento articulador entre los componentes culturales materializados en la obra construida por el hombre y los espacios y parajes "naturales" significativos que fueron sacralizados...*» (Gálvez y Runcio 2015:249). Asimismo, la ladera este, donde

se localizan tiene condiciones para el descanso de pocas o muchas personas e incluso sus recuas, hay presencia de canales de agua, el viento es indirecto, una planicie extensa y se puede encontrar quebradas para cobijarse.

De las cinco apachetas estudiadas, cuatro tienen una característica, se formaron a partir de una o varias piedras de mayor tamaño que fueron incrustadas en la tierra o colocadas en su base. En el caso de las apachetas 1 y 2 se caracterizan por ser piedras que no son alargadas y presentan un orificio (Figuras 23, 25). La apacheta 4 presentan las típicas piedras «clavadas en la tierra» (Figuras 38, 39) y la apacheta 3 se trata de una piedra de granito con varios hoyos cóncavos distribuidos en toda su cara superior (Figuras 32, 33, 34), Estas evidencias nos indicaría que en la mayoría de casos, a partir de un primer elemento que corresponde a una huanca que se incrusta en la tierra, se inicia este acto ritual de arrojar piedras.

Las huancas o piedras trabajadas o con orificios naturales como parte de la apacheta es una innovación costeña que ayudo a sacralizar lo que se convertiría en un acto ritual, de esta manera la piedra bajo la apacheta procedería de un lugar o un acto sagrado que comprometía y unía a un grupo de viajeros con esa apacheta y su culto. Esta explicación responde a ¿por qué existen tres apachetas, nombradas como 3, 4 y 5, cercanas en una misma ruta y no una sola?, proponemos que cada una correspondería a grupos sociales de un mismo ayllu o curacazgo que se identificaban con una de estas, por lo tanto su ofrenda era arrojada a la que correspondía, aquí entraba a funcionar la presencia del huanca o huacas bajo la apacheta que debió provenir de un lugar con ascendencia a un determinado grupo de viajeros como lo indica Arriaga «... *eran la imagen o representación de cerros, montes, arroyos y de sus antepasados*» (1999), era un ancestro litificado (Farfán 2012) al ser «clavado» sobre la Mamapacha generaba de inmediato un culto que era expresado en arrojar las piedras sobre estos. La apacheta 3, con la piedra con hoyos elaborados exprofesamente, es una prueba fehaciente que proviene de otro lugar o al menos tuvo un uso previo y que le dio un valor agregado a la apacheta y su culto, esta innovación –del uso de huancas– fue una estrategia de dominación ideológica para hacer también partícipe de este acto ritual a los nuevos pueblos conquistados.

No tenemos registros de reportes de apachetas en la Costa Norte, hay algunas menciones, pero erróneamente no corresponden a esta categoría sino a simples mojones o hitos. la definición de apacheta debe limitarse a aquel montículo y piedras dispersa de diverso tamaño que son producto del arrojamiento constante como acto principal del ritual de viajeros que agradecen a su o sus deidades por haber permitido llegar a su pueblo o avanzar de un lugar a otro, no son marcadores de terrenos, ni chutas, hitos o mojones como suele registrarlas y confundirse (Galdames *et al.* 2016); son algo más sagrado que permitió al viajero sentirse protegido y fortalecido durante la duración de sus extensos viajes. Las apachetas son el resultado de un acto ritual en un área sacralizada y que fue practicada en el valle de Chicama luego de la conquista Inca.

Una evidencia que apoya la cronología de las apachetas es la cerámica hallada en su superficie arrojada también como ofrenda, éstas corresponden al periodo cultural Chimú y por sus características hay tres fragmentos que tienen la evidencia del Chimú-Inca como el acabado superficial que deja claramente un diseño bruñado conformado por las marcas horizontales y/o verticales. La otra evidencia se sustenta en el fragmento de olla con asa lateral Chimú que se une en uno de sus extremos muy cerca al labio (Figura 43), tipo que ha sido reportado por varios investigadores perteneciente a la fase Chimú-Inca (Donnan y Mackey 1978:366-368, Donnan 1997, Castillo 2018:44) también se han registrado dos instrumentos musicales en la apacheta cinco lo que nos brinda también información de importancia, que en estos actos ceremoniales incluían música y como ya se mencionó estas apachetas se asociaban a áreas de descanso o incluso para pernoctar y su culto era mucho más complejo que arrojar una piedra y seguir de largo.

El dato adicional que brinda el hallazgo de una boquilla y parte del cuerpo de un instrumento musical (Figura 48) en la apacheta 5, se trata de un silbato alargado asemejándose a una trompeta en miniatura (los pobladores locales lo nombran como gusanitos y que comentan se encuentran en otros cementerios cercanos en grandes cantidades) las hemos observado completas y fragmentadas en la superficie saqueada del cementerio 3 y además en otro cementerio llamado «Huayan» por los pobladores, (Figuras, 71, 72, 73) en ambos cementerios es evidente la cerámica del Horizonte Tardío y las ollas pintarrajeadas.



Figura 71
Cerámica registrada en cementerio Huayan



Figura 72
Cerámica de cementerio Huayan



Figura 73
Cerámica procedente de cementerio Huayan

EL REDISEÑO DEL ESPACIO VIAL Y LA PRESENCIA INCA

Bajo la administración Inca podemos indicar que se rediseñaron las vías, por ejemplo, en el diseño del camino principal como ha sido reportado para otros lugares (D'Altroy 1992). Sostenemos que bajo el gobierno Chimú el camino La Cumbre–Pampas de Cayaltí, Sub tramo La Cumbre– La Arenita, que se dirigía al valle de Moche, se bifurcaba derivándose un acceso hacia el paso sureste que comunicaba en dirección al actual pueblo de Ascope y los poblados del Alto Chicama, pero que luego de la conquista Inca se cambió la ruta por el paso norte (Figuras 2, 3).

Luego de la dominación Inca, por corto tiempo, se continuó empleando esta ruta –el paso sureste– donde se localizaron las apachetas 1 y 2 por donde transitaban todos los usuarios de esta vía (Figura 21) y en donde se obligaba, dirigía y controlaba la movilización por este paso.

Un recorrido al noroeste de las apachetas 1 y 2 permite confirmar la existencia de un acceso con un ancho variable de 6 a 9 m, este camino se localizaba al margen derecho del Acueducto de Ascope (Figura 20), el camino limitado en sus extremos por la ladera norte de cerro El Sapo y por el acueducto aseguraba una ruta fija para que no pueda separarse o perderse el transeúnte.

Una evidencia que es prueba del abandono, como ruta de tránsito del paso por la quebrada sur este, es la construcción de un muro trapezoidal que se inicia en la parte baja de esta quebrada donde se ubicaba el camino hacia las apachetas 1 y 2 y culmina al otro lado de esta, no permitiendo el acceso (Figuras 7, 8, 21). Hasta aquí podemos indicar que la temprana existencia de estas dos apachetas –en una ruta que debió ser un camino Chimú y que por un corto tiempo se continuó usando bajo dominio Inka– nos indica la presencia de habitantes foráneos que inmediato a la conquista empezaron a practicar sus arraigados actos rituales sureños, evidencia que también permite proponer que los grupos mitmaq arribaron a esta área conquistada en muy corto tiempo luego de la conquista.

Este camino fue cerrado por un muro de doble paramento que se orienta de noroeste a sur este, tiene un tramo con bases de piedra de 1,40 m de ancho y 1,10 de alto y sobre estos, adobes rectangulares, que miden 30 × 20 × 14 cm. Un segundo tramo de este muro se construyó exclusivamente de adobes (Figura 8) y presenta claramente la característica técnica y forma trapezoidal Chimú. La construcción tuvo como objetivo final cerrar esta quebrada quedando inutilizada para el tránsito.

Por el corto periodo de uso, bajo gobierno Inca, las apachetas 1 y 2 presentan una cantidad escasa de piedras, el cambio al paso norte del cerro El Sapo inició el culto en las apachetas 3, 4 y 5, con este cambio de ruta se acortó tres kilómetros de distancia por lo que se ahorró tiempo de viaje y se debió masificar el uso de la nueva vía también con personas foráneas que continuaron con el acto ritual del arrojamiento de piedras y cargas conformando las apachetas.

Otro cambio en las vías fue la construcción o ubicación de Huancas que eran «la señalética» para identificar las rutas de viaje estas se distinguían fácilmente por destacar sobre los bordes de las partes altas o muy cercanas a los caminos como lo menciona Falcón (2004) se ubican en algún lugar destacado del paisaje como la cima de o el paso de un abra o marcando un punto en el horizonte.

En el contexto de Cerro el Sapo una huanca se encuentra localizada en el camino que viene de Mocán (Figura 6) conduciendo directamente hacia el valle de Moche, las otras dos huancas se ubican en la cima del paso norte (Figura 5, 31) y en este caso era visto exclusivamente por los viajeros que venían del este. Debemos mencionar que estas «piedras paradas» han sido obtenidas de dos maneras, una era trasladándolo al lugar donde se planificaba su ubicación (caso de las huancas del acceso norte) y la otra era rebajando o desbastando las áreas contiguas a un bloque lítico, cuando el tipo de conformación geológica lo permitía, como se registra en la ladera oeste del Cerro El Sapo (Figura 6) dejando una parte de este intacto, por lo que se convertía en una columna lítica identificable rápidamente que orientaba al viajero y aceleraba la movilización, otras huancas dobles pueden ser observadas aún en Cerro Mirador en el Poblado de Roma que era parte de los marcadores que guiaban la ruta hacia el valle de Moche.

El emplazamiento de esta señal cumplía la función de acceso de entrada y salida a un nuevo espacio (Sánchez 2015) y fue una estrategia ya conocida de los invasores en este camino de La Cumbre la Arenita donde se simbolizó en sus cambios el poder y la autoridad Inca (Berenger 2001), estableciéndose a lo largo del camino enclaves productivos, tambos y fortalezas (Vitry 2000) asociándose a hitos demarcatorios, apachetas y otras manifestaciones (Williams y Castellano 2019) en la actualidad aún se observan gran cantidad de ambientes con muros de tapia (Figuras 11 a 17) que podrían corresponder a los tambos y/o depósitos ubicados paralelos y muy cercanos al camino principal y a las tierras de cultivo e incluso puede tratarse del chasquitambo ya que algunos de estos ambientes parecen presentar evidencias de cubiertas, quema en su interior y hasta arquitectura; las medidas de su planta abarcan desde 9×8 m, los más pequeños hasta 35×18 metros los más grandes.

A cada nuevo elemento o contexto posterior a 1470 relacionado particularmente con las vías de comunicación contenía una carga simbólica atribuida a los espacios y relacionada con la ritualidad, muchos de los espacios naturales y construidos fueron resematizados, imponiendo códigos y transformando la naturaleza (Aldunate *et al.* 2003) a favor de la consolidación del poder Inca en Chicama.

El camino que venía de Jequetepeque y continuaba hacia el valle de Moche en la ladera norte de cerro El Sapo se convirtió en un elemento fundamental para la expansión estatal de los cuzqueños, un símbolo de poder y autoridad del estado y un marcador espacial en la territorialidad simbólica estatal (Berenguer 2001) y como se ha registrado para otros lugares colonizados el camino funcionó también como un eje central que articuló áreas productivas y administrativas, tambos y fortalezas

(Sanhueza 2004) además de diversos elementos rituales como las apachetas, el gran sistema hidráulico y agrícola fue ampliado por el imperio, reorganizado y se apropiaron de toda un área nombrándola como tierras del Inca y otras del sol (nombres que aún son usados por los pobladores actuales), los cronistas mencionan «*Que en todas las provincias ... tenían tierras señaladas para el sol y para el inga ... y lo que se cogía en la tierra de los Ingas se lo ponía en los depósitos, lo cual servía para la gente de guerra cuando por allí pasase, para que los naturales no recibiesen daño ni vejación en sus haciendas, y también para los años estériles, para socorrer pobres; y las del sol, para guardas de huacas o de recoger en casas señaladas ofrecidas al sol, las cuales llaman mamaconas ...*» (Jiménez de la Espada ed. 1965 t.II p. 302). Esta cita puede explicar la necesidad de ampliar la frontera agrícola (en la actual área de Mocan y San José en Chicama) para ser usada exclusivamente para el Inca y el Sol, un proyecto similar serían los campos de cultivo de quebrada El Oso.

La planificación a partir del camino principal organizó probablemente todo el valle, quienes transitaban eran controlados y al mismo tiempo podría ver los avances tecnológicos y productivos y además «compartir» los símbolos, emblemas y actos religiosos de los Incas, podemos describir en este sector al camino La Cumbre – La Arenita camino flanqueado por campos de cultivos y una infinidad de canales mayores y menores, el acueducto, huancas, apachetas, depósitos, centros administrativos, cementerios, murallas que dirigían la ruta a seguir y a la fortaleza de cerro El Sapo con sus diversas murallas. Todo esto hacía del poblador local y foráneo imaginar el poder de manejo de mano de obra, tecnología, personal, y la presencia militar en la fortaleza, esto convenía que los vencedores poseían un manejo avanzado de la sociedad y que finalmente les convenía ser parte de ellos, en todo el valle de Chicama este debe ser uno de los lugares que se convirtió en el emblema de los Incas.

MITIMAES Y APACHETAS EN EL VALLE DE CHICAMA

La evidencia arqueológica y etnohistórica indica que estas apachetas serían uno de los pocos contextos en la costa. La hipótesis que estamos proponiendo se sustenta en que fueron habitantes venidos de la sierra quienes iniciaron este nuevo culto y esto habría sucedido después de 1470, luego de ser vencidos los Chimú.

Los Incas habían logrado un nivel de efectividad para consolidar y mantener sus conquistas mediante el traslado de grupos masivos de personas desde lugares lejanos, así tenemos grupos Mitmaq Chimú en Vegueta (Huará) y otro en Chancayllo (Chancay) el valle de Chancay – Huaral (Van Dalen 2011). En esta estrategia existían varios modelos:

1. Movilizaban a otras áreas parte de los pueblos conquistados y leales para evitar sublevaciones e intimidar a los poblados vecinos, algunos documentos coloniales registran la presencia de mitmaq de Chicama en otros lugares como anota Espinoza (1974:25) al referirse a las Huarancas de Huamachuco

donde se menciona a los Mitmaq yungas de Chicama y también existe información de Mitmaq de otros pueblos residiendo en la encomienda de Chicama (Zevallos 1996:307). Cuando se quería habilitar terrenos eriazos se trasladaba a poblaciones que se dedicaban o conocían de esta labor de poder hacer fértil y planificar todo el trabajo para dejar aptas las tierras para la agricultura (Cieza de León 1880. Cap XXII). Rostworoski menciona diversas especialidades de los mitimaes que fueron muy bien aprovechadas por los Incas (1992). Un dato importante, con estas citas, es que varios poblados fueron trasladados por los Incas hacia otros lugares por lo tanto debieron repoblar el valle con gente apta y con mucho más luego de la rebelión Chimú que debió significar una nueva fase de estrategias de domino contra los Chimú.

2. Se repoblaba con otros pueblos que el Inca consideraba confiables, esto parece ser evidente dentro del valle en el sitio de cerro Lescano que presenta una gran cantidad de ambientes con arquitectura residencial y construcciones de piedra que no pertenecería al diseño Chimú (Clement 2017:79) por lo que correspondería a una ocupación Inca que desde aquí administro las labores para ampliación agrícola y una masiva fuerza de mano de obra, otro grupo debe haberse asentado en las laderas de cerro El Sapo, donde existen gran cantidad de ambientes aterrizados, depósitos (Figura 55), cerámica con una variedad de formas y estilos (Figuras 50 a 54), batanes, utensilios líticos y restos de desperdicios de consumo. Un caso de repoblamiento lo menciona Cieza (1984: 184,185) al relatar como Tupac Yupanqui y Tupac Inca encuentra en la zona de la montaña, entre los poblados de los Paltas, Guancavanbo, caxas y Ayabaca, una tenaz resistencia para sojuzgarlas gastando mucho tiempo en su objetivo que finalmente logro a solicitud de los jefes locales y de inmediato en toda la provincia se trasladó mitimaes. Con su gobernador, sin dejar las costumbres de los naturales y además se hicieron depósitos y el camino real.

Algunos aspectos que queremos destacar hasta aquí es que luego de la ejecución militar que no era la acción decisiva en la conquista de un nuevo territorio, lo que continuaba para la estabilización del poder administrativo Inca resultaría convirtiéndose en la acción de mayor importancia para consolidar las conquistas: captar y mantener adeptos, así como controlar la insurgencia y en esta labor el verdadero ejército de sometimiento serían los mitimaes que cumplían las funciones desde agricultores, espías y hasta soldados (Anders 1990: 61, 66), cuidar rebaños, mantener tambos (Espinoza 1974). Estos grupos foráneos traían sus costumbres, creencias y tradiciones, una de éstas son las apachetas.

Otra fuerte evidencia de la presencia Inca en la zona, es la planificación para establecer (y/o ampliar) en esta área dominada por los cerros El Sapo, San José, San Juan y cerro Higuerón y particularmente las pampas de San José, El Inca y Mocán, nuevos campos de cultivo mediante un gran proyecto de ampliación agrícola (Clement 2017) que se ejecutó en una franja de tierra que colindaba entre los cerros y el límite de la frontera agrícola de aquel tiempo y se iniciaba en las Pampas de San José hasta Mocan

y que demandó un gigantesco proyecto hidráulico y la preparación de terrenos eriazos para la siembra con la proyección de convertir estos en enclaves productivos. Esta obra descomunal enfrentó varios problemas, el principal era la aridez de sus suelos; un segundo problema era la necesidad de ingentes cantidades de mano de obra para habilitar este desierto como terrenos productivos y brindarle el líquido elemento. Este ambicioso proyecto tuvo que ser dirigido y ejecutado por los más destacados planificadores de la época que directamente se relacionaban con el gobierno Inca alcanzándose un control geopolítico directo y efectivo como se ha evidenciado en otros lugares sometidos (Williams y Castellanos 2019). Al parecer el sistema hidráulico y agrícola ya existía antes de la conquista Inca (Huckleberry *et al.* 2018, Caramanica 2018). Pero luego de la conquista los vencedores eligieron esta área para asentarse y construir una fortaleza con residencias, servicios burocráticos, áreas para preparación masiva de alimentos y controlar desde aquí los canales de riego, el transporte y lo más importante mantener sometidos a los conquistados bajo el monumento de que simbolizaba el poder Inca, como lo menciona Cabello de Valboa (ed. 1951, ch 18 p. 331) en Poechos donde los Incas conquistaron parte de Guancabamba y pasaron por la tierra de Los Pacamoro para dejarles el mensaje que el año próximo les harían la guerra deo hecho un pucará para pavor y espanto de sus pobladores, esta estrategia simbólica fue otra acción permanente que se ejecutó en valle de Chicama dentro del área más transitada para que origine no solo temor y sumisión sino que se conozca el poder Inca. En todas las provincias conquistadas se construyó una fortaleza para asegurar la protección de los invasores mientras se sometía a los nuevos súbditos.

Los mitmaq –ocupantes de esta fortaleza de cerro El Sapo– deben haberse conformado de una infinidad de especialistas desde soldados, agricultores, constructores y planificadores de las vías de comunicación. Al interior del cerro amurallado se diseñó y distribuyó las diversas áreas de actividad donde se concentraría élite, administradores, militares y servidores. En la ladera este, por las evidencias de complejas construcciones de conjuntos (Figuras 60, 61), se instaló las residencias y áreas administrativas y en ladera oeste se observan áreas de actividad diaria como batanes y preparación de alimentos, sin embargo, también hay presencia de plataformas, terrazas patios, depósitos, así como miradores para vigilancia. Este tipo de edificaciones, incluidos los caminos, facilitaba la vigilancia y el monitoreo de los súbditos llegando a ser una amenaza para los rebeldes (De Marrais 2013). Las tierras agrícolas deben haber sido ampliadas y como los documentos coloniales lo indican separadas y explotadas para el Sol y el Inca (Ramirez 1995:261; Hocquenghem 1989:51), así el imperio tenía el sobre excedente del que se encargaban sus mitmaq de hacerlos producir, al mismo tiempo que aseguraban la estabilización política y bélica de esta zona.

Por las condiciones similares de ubicación y diseño sostenemos que otro gran proyecto ampliado y/o iniciado por los incas fue el conjunto de campos agrícolas centralizados ubicados muy cerca a quebrada el oso y asociados directamente al canal Intervalle, el manejo social y el beneficio económico determinó que apliquen su

política de dominio mediante la ejecución de megaproyectos a partir de los preexistentes, sin embargo como afirman los actuales agricultores aledaños al sitio, solo pueden tener una cosecha y ese era el objetivo tanto en Chicama como en Quebrada el Oso tener una sola cosecha al año la que seguramente también fue asignada al Inka o al Sol y trabajada en las mitas obligadas (Hocquenghem 1989: 50) para los conquistados.

LA OCUPACION EN CERRO EL SAPO

Este trabajo desarrollado a partir de la evidencia superficial ha permitido y exigido una observación detallada de todo el complejo, una lectura de la evidencia en la ladera oeste, donde se ubicaba la vía principal La Cumbre – Pampas de Cayaltí y por lo tanto era el lugar con tránsito constante encontramos ladera (Figura 2) muy definidos y hasta separados geográficamente y funcionalmente por promontorios y salientes de cerro EL Sapo, en su lado oeste limitan con el canal que deriva las aguas del Acueducto de Ascope, el camino intervalle y las tierras agrícolas.

El sector 1, se ubica en el extremo norte de la ladera oeste, se conforma por un cementerio (Figura 74) sobre una duna estabilizada que mide 170 m en eje norte sur por 100 metros, este se encuentra fuera de la primera muralla. En su superficie se observa gran cantidad de cerámica de uso diario predominando las ollas y cuencos muchos con los característicos pintarrajeados y con las mismas características de la cerámica reportada que hemos descrito para este sitio. La muralla 1 separa el área



Figura 74

Vista general del sector 1, cerro El Sapo

funeraria de otra con arquitectura con gran cantidad de ambientes, mucho de estos por presentarse en serie con las mismas medidas y contiguos permiten proponer que se trataría de depósitos (Figuras 55, 74, 75). Otros ambientes se concentran al sur este del sector en lo que hemos llamado quebrada 1, estas estructuras funcionaron para preparación y consumo de alimentos por la gran cantidad de restos de cerámica doméstica como ollas de diverso tamaño, cuencos, cantaros y tinajas, además de restos de comida y carbón, en la parte alta se ha observado un grupo de batanes (Figura 76).

Al extremo norte en la cima (quebrada 2) de una pequeña saliente del cerro se localiza un mirador para vigilancia de todo el lado norte del sitio (Figura 77), un tramo de esta quebrada ha sido canalizada para evitar su desborde.

Un patio de 10 por 10 m, ubicado luego de la cuarta muralla al sureste (Figura 57), forma parte de este sector.

Sector 2, está conformado por tres conjuntos (Figura 78), el primero es el cementerio 2, que en su lado oeste está limitado por el Canal San José y al este por la muralla 1, mide 140 m y en su eje norte sur por 110 metros, la cerámica es similar a la ya re-



Figura 75
Área con arquitectura y depósitos en sector 1



Figura 76
Batanes hallados en sector 1



Figura 77
Atalaya o mirador
en el sector 1



Figura 78
Vista de Plataformas y terrazas
en el sector 2, ladera oeste

portada para los otros cementerios, en el extremo noroeste muy cerca al canal prehispánico se registró surcos prehispánicos en forma de meandros. Un segundo conjunto corresponde a seis terrazas superpuestas (Figura 79, 81) que podría tratarse de un ushnu. Esta se encuentra luego de la primera muralla y en su acceso (por la muralla 1) presenta banquetas de control. Su arquitectura fue en base a adobes plano convexos (Figura 80) y su construcción bastante rápida y sencilla que tenía como función darle monumentalidad a la construcción que ya la tenía porque sus bases corresponden a una duna por lo tanto solo se diseñó con muros de contención que dieron rápidamente forma a los niveles, en la actualidad se observan 8 hiladas de adobes y luego el suelo estéril. Parte de este diseño del espacio incluyó un acceso rápido y directo desde el canal San José. Un tercer conjunto corresponde a plataformas con muros de contención de adobes y piedras (Figura 78) ubicados al este del cementerio y protegido por la primera muralla y esta arquitectura es la más monumental en este complejo.

Debemos mencionar el socavón de una mina (ubicada en la parte del extremo norte en un pequeño afloramiento que es parte del cerro) pertenece también a este sector (Figura 82), pero desconocemos si se trataba de una actividad prehispánica, es evidente que fue explotada a tajo abierto y por socavón.

El tercer Sector está representado por un extenso cementerio (Figura 83) que tiene 320 m en su eje norte a sur por 170 metros en la orientación este oeste, en su superficie se ha observado también gran cantidad de cerámica chimú Inca (Figura 54) y pequeños instrumentos musicales con un toscó acabado a modo de trompeta o silbato. Al norte en la parte alta de una saliente se observan construcciones como un sitio de vigilancia o pequeño fuerte en contexto con la muralla 1.

Esta primera propuesta de sectorización del sitio nos permite proponer algunas ideas, la presencia de cementerios chimú inca están relacionadas con la ancestralidad y su culto donde tres aspectos resaltan en estos: su rápido acceso desde el camino la Cumbre – la arenita, por lo tanto no era controlado y además los tres cementerios es-

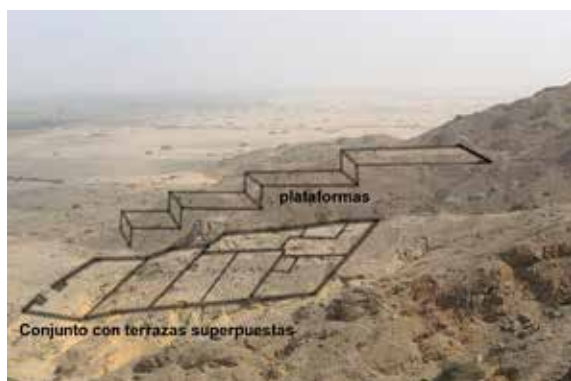


Figura 79
Detalle de las terrazas superpuestas
que conforman un conjunto arquitectónico



Figura 80
Adobes plano convexos
usados en las terrazas superpuestas

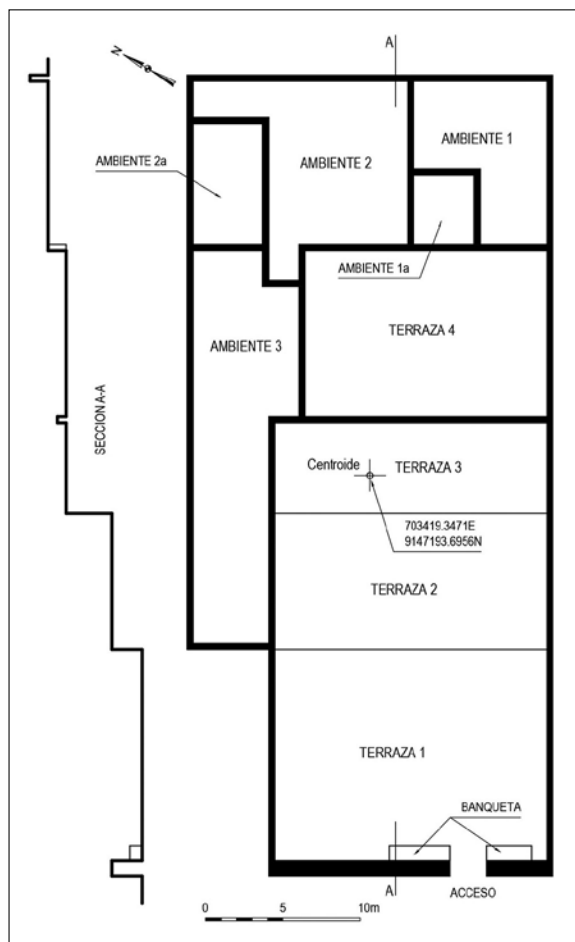


Figura 81
 Plano de planta y sección
 de las terrazas superpuestas



Figura 82
 Detalles de los componentes del sector 2

tán fuera de las murallas pensamos que esto fue una estrategia más de sujeción y dominio para usar los ancestros su culto y otorgarle mayor sacralidad al sitio, la otra característica es que a partir de la cerámica los tres cementerios (y también los mencionados en el sector de Huayan) son contemporáneos al menos en sus momentos finales de uso y correspondían al pueblo por la calidad de cerámica utilitaria donde destacan las ollas.

Las terrazas superpuestas en seis niveles (Figuras 79 y 81) construida de manera rápida únicamente para lograr altura indica prisa en su construcción y no se consideró su estabilidad, por su ubicación y singularidad sería lo más cercano a una estructura de un Ushnu.

La presencia de la cerámica similar a la del resto del complejo y los adobes plano convexos reportados en Farfán para el Chimú Inka nos permite inferir su cronología. La comparación entre la cerámica y los adobes del ambiente con Huanca, que se localiza a 50 metros al norte y corresponde a una secuencia de plataformas (Figura 78), son prueba para la contemporaneidad de estas, por lo tanto funcionaron al mismo tiempo y se complementarían mientras la plataforma estaría relacionada a los rituales de la chicha y otros, el ambiente con huanca sería el lugar de preparación de alimentos y consumo de estos, prueba de ello es la gran cantidad de desperdicios de alimentos, cuencos y ollas fragmentadas en su superficie.

El sector 1 es el único espacio con gran cantidad de cerámica y arquitectura variada desde ambientes, depósitos, batanes, desperdicios de alimentos y carbón etc. por lo que le correspondería la función de preparación y consumo de alimentos de toda la población de la fortaleza.



Figura 83
Vista del cementerio del sector 3

La Cerámica de Cerro El Sapo, comparaciones y cronología

Una comparación de los fragmentos de ollas registradas en cerro El Sapo con las reportadas en otros sitios del Intermedio y/o Horizonte Tardío (Mackey y Nelson 2020, Correa y Soberón 2020, Tello y Zavaleta 2011, Donnan 1997, Chero 2020) nos permite proponer una cronología relativa.

Una primera característica de estas innovadoras vasijas es la aparición de una decoración que corresponde al pintarrajeado que de manera burda se presenta a modo de una línea ancha o banda y está localizada entre el labio de las ollas hasta los hombros (Figura 53:4), un alto porcentaje se encuentra en la unión del cuello con el gollete y muchas veces desciende hasta los hombros y muy raramente hasta la parte media del cuerpo. Una revisión de la bibliografía amplía aún más su difusión y al parecer de manera uniforme, en varios sitios, se produce vasijas similares que aparecen exclusivamente luego de la conquista de los Incas desde el Valle de Moche hasta Zaña. Algunos lugares donde se han registrado vasijas con estas características pintarrajeadas son reportadas por: Donnan en las excavaciones de un centro de manufactura de cerámica Chimú Inca, fechado alrededor de 1470–1532, en el valle Jequetepeque donde se producían formas derivadas del estilo Inca indicando que «*Some ollas with handles are undecorated or simply have a uneven application of White slip and/or bumps on their uppers chambers ...*» (1977:41) ejemplo de estas vasijas las tenemos en la Figura 84: e, f.

Para el sitio arqueológico Farfán, Mackey y Nelson reportan que «*Three techniques were used to create a decorative field around the shoulders of both red and blackware ollas: incising, the use of white slip* (Figura 84: a, b, c, d), *and press molding* (Figura 85: a, b). *Though incising was used to create a few designs, mainly it was used to decorate handles. White slip, executed in a careless fashion on the rims and shoulders of redware ollas, is the most common decorative technique (46 percent) within the olla category*» (2020) y además

agregan que «*The ollas found in Lambayeque-affiliated tombs at Farfán are a hybrid form that combines a vessel form and rim type from the Late Horizon Jequetepeque Style (Figure A6.24) with a traditional Lambayeque decorative technique. The paleteada (paddle stamping) decoration seen in Figure A6.25 is a traditional Lambayeque Surface treatment achieved by pressing a paddle, marked with a design, onto the vessel body before the clay has dried. This olla example illustrates two decorative techniques; the use of paleteada and the application of white slip, a combination seen only in the Late Horizon (Ibid. 379)*». Los autores también afirman que «...*The use of one or more decorative traits, such as paleteada combined with white slip, is limited to the Late Horizon. (Ibid. 380)*». Es evidente que este estilo de decoración aparece y se limita a este periodo.

Otro sitio con presencia de ollas pintarrajeadas se reporta en Cerro Saltur, durante las excavaciones del Conjunto rectangular Amurallado 01 se registraron dos vasijas, una primera vasija nombrada como A corresponde a una olla de cuerpo globular y base convexa, de 0,22 m de alto y 0,24 m de ancho, con claras evidencias de uso (hollín superficial) y su decoración muestra «pintura chorreada» de color crema presente en la sección superior del cuerpo y diseños reticulares paleteados además de protuberancias en la sección media del cuerpo.

Una segunda vasija registrada como C corresponde a una olla de cuerpo globular, y base convexa, es de 0,22 m de alto y 0,36 m de ancho. La decoración fue hecha con pintura crema, formando una banda que circunda todo el cuello (Chero 2020: 91-92).

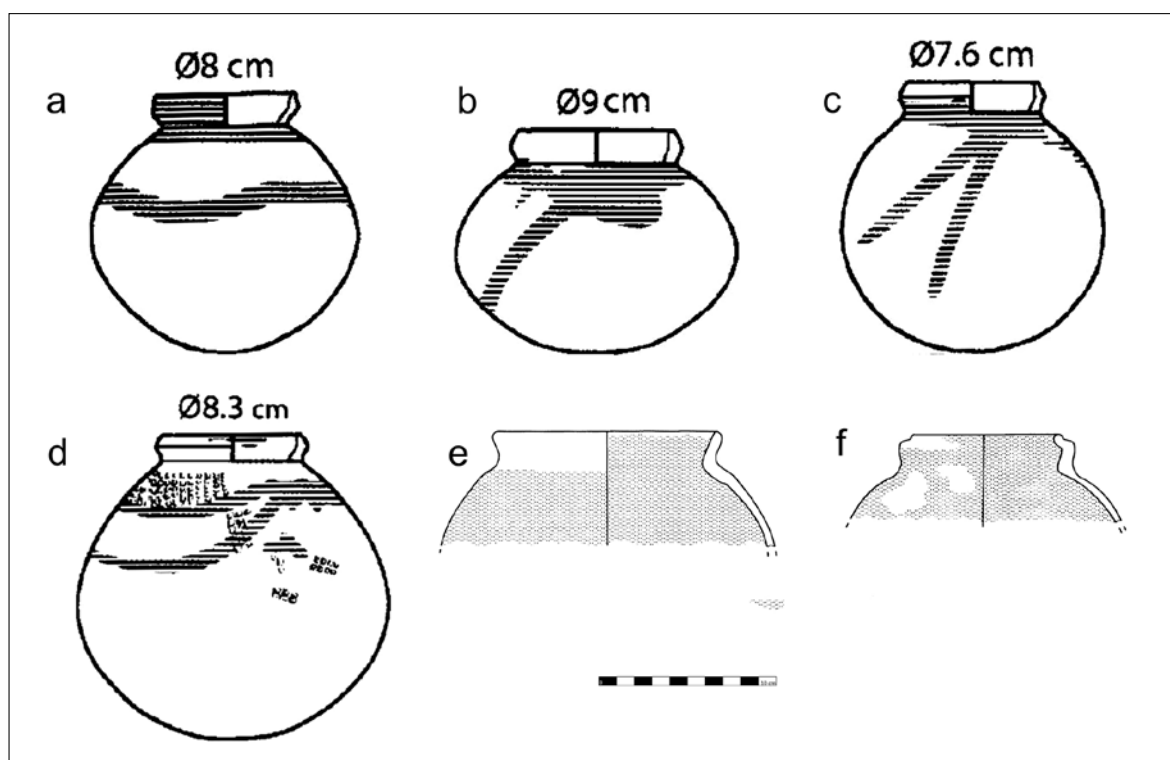


Figura 84

Vasijas halladas en los sitios Farfán y Cañoncillo

Estas vasijas con la decoración pintarrajeada en la parte superior del cuerpo o en la unión con el gollete tienen una amplia muestra en Saltur registrándose también en la tumba 03 (Tum. S2-04) olla 01, tumba 04 (Tum. S2-05) vasijas a, b y c. Debemos indicar que el pintarrajeado no se limita exclusivamente a las ollas si no, con menor presencia, a otras vasijas como el caso de esta tumba donde la vasija C que corresponde a un cuenco. Abundando en ejemplos también se hallaron en otras unidades de este sitio.

En los conjuntos amurallados de Chan Chan las capas superficiales contienen una infinidad de ollas pintarrajeadas (Tello y Zavaleta 2011 Figuras 12, 13, 58) además de una fuerte presencia de platos con las mismas características a los hallados en Farfán (Mackey y Nelson 2020: 414, 423, 426, 446 y otros) como el labio plano y los diseños de piel de ganso y «granos de arroz» en la base.

Otras decoraciones que acompaña muchas veces al pintarrajeado de las ollas está localizada desde los hombros hasta la parte media del cuerpo, son gránulos (a imitación de piel de ganso pero de mayor tamaño) que algunas veces están agrupados dentro de triángulos o rectángulos, se trata de vasijas moldeadas que requirieron un proceso más extenso para su elaboración como confeccionar una matriz y obtener el molde, sin embargo su producción fue en grandes cantidades mediante la técnica del moldeado, estas vasijas las encontramos registradas también en Chan Chan (Figura 85: c, d, e, f); Cañoncillo (Donnan 1977: Figura 17); Farfán (Figura 85: a, b), Saltur (Chero 2020: Figuras 177, 181 y otros).

Para el contexto de Cerro El Sapo la gran cantidad de fragmentos de ollas observadas en superficie y la relación con una época inestable y de conflictos luego de 1470 nos permite proponer que su uso estaba destinado exclusivamente para trabajadores estatales mitmaq que en gran número participaban en diversas actividades productivas en los alrededores de cerro El Sapo y que al ser una práctica de los Incas se debió intensificar la presencia de aliados cusqueños luego de La rebelión de los Chimú (Netherly 1998:89).

Estas nuevas evidencias nos permiten interpretar que en cerro El Sapo hubo especialistas en preparar, abastecer y repartir alimentos de manera eficiente y controlada, grupos de estructuras especializadas en esta labor fueron emplazadas en la ladera oeste donde se observa contextos con varios batanes (Figura 76), ambientes (Figuras 55, 75) y gran cantidad de fragmentos de cerámica destacando ollas y cuencos pulidos (Figuras 51 a 54) en su interior y sin tratamiento en sus paredes externas.

La aparición de estas ollas de pequeñas dimensiones que coinciden cronológicamente luego de la conquista Inca entre los valles de Moche hasta Zaña han llamado nuestra atención y buscado explicaciones a las causas de su aparición y rápida difusión, dos aspectos estamos considerando para responder a su presencia: el primero está referido a sus dimensiones que nos indican que su uso, contenido y consumo estuvieron destinados exclusivamente a una sola persona, esto quiere decir para su consumo y uso personal, al mismo tiempo sus dimensiones permitieron otra función o

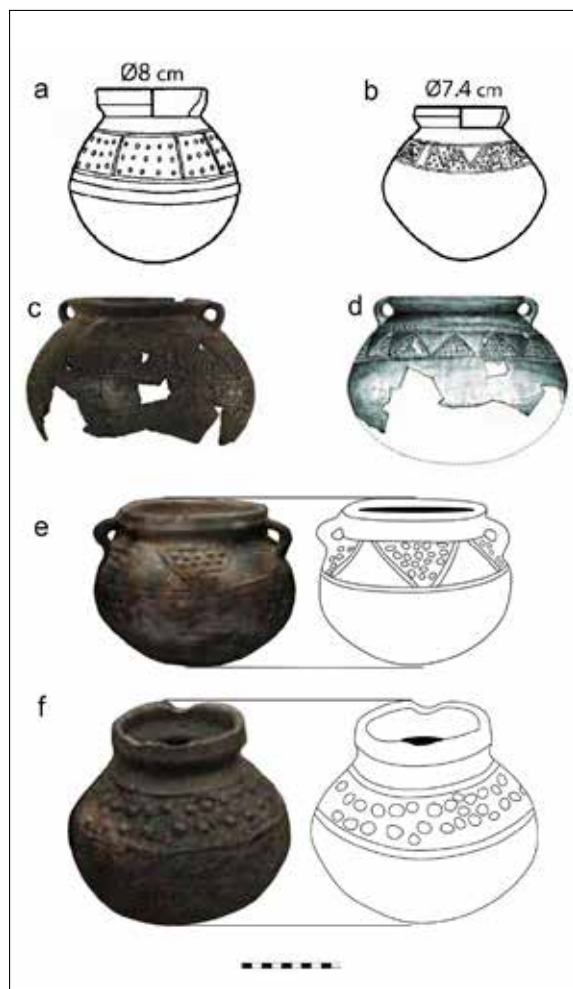


Figura 85

Vasijas reportadas en Farfán y Chan Chan

aspecto importante –ser transportables o portátiles– de esta manera ya no se tenía que trasladar grandes vasijas a áreas distantes o cercanas o los vigías y soldados entre otros; no tenían que movilizarse a las áreas de consumo de alimentos, ahora sus alimentos podían ser trasladados adonde ellos se ubicaban, de esta forma la población mitmaq instalada en Cerro El Sapo podía alimentarse rápidamente al transportarse a las áreas laborales la cantidad de recipientes individuales necesarios y con el contenido adecuado para satisfacer a cada persona, (probablemente doble ración por persona lo que significaba dos recipientes), sin embargo también habría podido usarse estas vasijas para calcular con precisión la cantidad de personas y las vasijas a usar y de esta manera atender también la presencia masiva de comensales en muy corto tiempo.

Se logró la mejor administración del tiempo invertido para servir, repartir y consumir los alimentos de manera ordenada y constante ya que podían contabilizar el personal con precisión a quienes

deberían atender con sus alimentos, por otro lado, al tratarse de una época de conflictos se usó una vajilla en época bélica donde una población advenediza requería no descuidar sus posiciones y labores para prevenir, evitar y controlar las rebeliones y diversas actividades como la agrícola.

Toda la evidencia material conduce a proponer que se buscó y logró ahorro del tiempo estandarizando las formas de las vasijas moldeadas o modeladas, estos recipientes acompañaron hasta la tumba a los individuos y casi en la totalidad se registra en los contextos funerarios conteniendo restos de alimentos (Mackey y Nelson 2020: 374).

Antes de culminar este capítulo queda aún por responder la presencia de estas ollas en los conjuntos de Chan Chan (Figura 85: c, d, e, f), por lo que debemos indicar que en esta metrópoli se han encontrado infinidad de cerámica Chimú-Inca y recientemente contextos funerarios que acentúan aún más la propuesta que los conquistadores ocuparon todo Chan Chan y continuaron con su uso ritual y administrativo como estrategia de dominio para no romper las tradiciones locales. La presencia de

las ollas (pintarrajeadas, decoradas con gránulos y paleteadas) nuevamente indica la participación masiva de personas en estos ceremoniales y el uso de recipientes adecuados para atender a gran número de personas en corto tiempo que ya hemos mencionado anteriormente. Un conteo de las ollas, por ejemplo, en las últimas capas de la ocupación de los Conjuntos como Xllangchin-An (Ex Palacio Uhle) indica 535 ollas y 1439 fragmentos de platos todos con características del Chimú Inca (Tello y Zavaleta 2011) y nuevamente las ollas con las asas aplicadas unida en uno de sus extremos al labio registradas en Cañoncillo (Figura 86: a) Farfán (Figura 83: c) y en Chan Chan se tiene innumerables evidencias (Tello y Zavaleta 2011: figuras 21, 25, 27; Paredes 2020: figura 3.10, página 84; Meneses 2020. figura 4.25 página 118) y claros indicadores que la cerámica nos brinda información del intenso uso que los Incas continuaron con las actividades dentro del símbolo de poder de los Chimú –la ciudad de Chan Chan– estas ollas, con las asas laterales junto al labio, son un marcador cronológico y está en contexto en todos los sitios Chimú Inca e incluso en sitios Moche reutilizados como extensos cementerios durante la época Chimú Inca (Castillo 2018: figura 17d). Los Incas no tuvieron mayor interés en intervenir en las ceremonias de Chan Chan, con la excepción de sutiles cambios en la cerámica dejaron libre a los conquistados durante sus ceremoniales tradicionales, desmantelaron la estructura del estado Chimú (Netherly 1998:98) pero no sus lugares religiosos de prestigio (Ibid 100). Los incas se instalaron en zonas de interés económico dejando de lado los actos y lugares que se relacionaban con el culto (función exclusiva que se habría desarrollado en Chan Chan luego de la conquista Inca) por ello poco interés en su arquitectura se tuvo aquí, sin embargo, ubicaron a sus representantes en el fructífero valle de Chicama (Conrad 1977), este lugar cuenta, hasta la actualidad, con la más extensa frontera agrícola que debió ser de interés para los invasores.

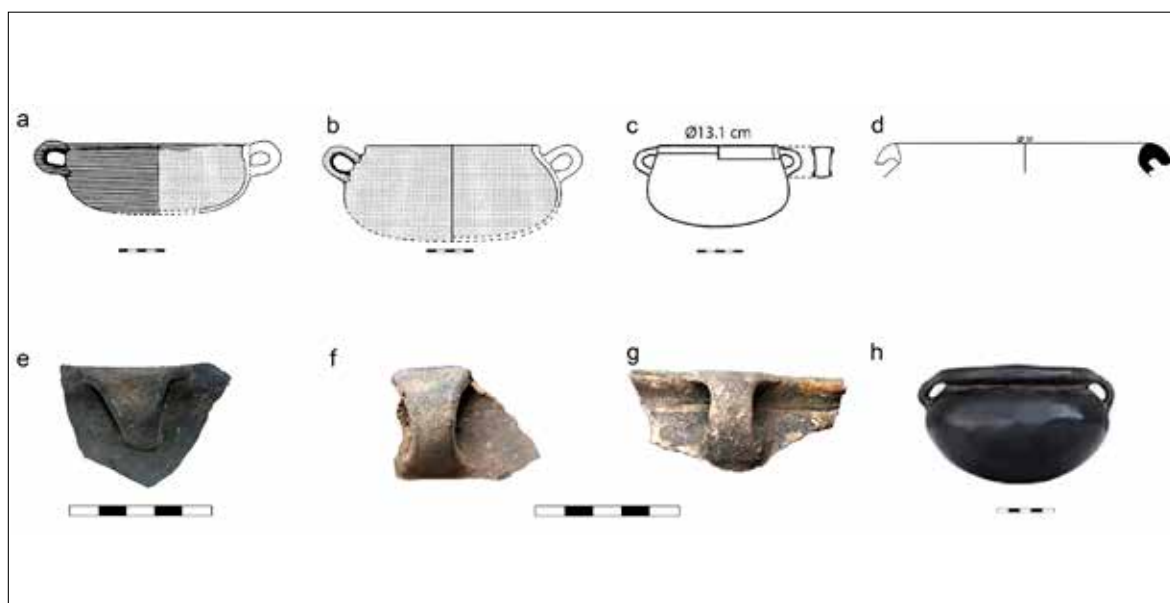


Figura 86
Ollas con asa en el labio registradas en sitios Chimú Inca

Aunque la cerámica de Cuzco aún no ha sido hallada en cerro El Sapo, sin embargo en el cementerio 3 se registra una vasija que correspondería al cuerpo y base de un aríbalo (Figura 54:l), se ha reportado en varios lugares que la cerámica Inca provincial o de Cuzco no está presente y que solo formas híbridas que indicaban cambios en la producción son evidentes en muchos lugares (Watanabe 2002: 109), en otros casos motivos selectos inca modificados se incorporaron al estilo local (Valdez *et al.* 2014:227). Otros análisis proponen, por ejemplo, que la población conquistada en el valle bajo de Lurín deconstruyeron su identidad y que la cerámica era producida a imitación de los vencedores sin mayor imposición y control directa de estos (Castillo y Makowski 2019), podríamos concluir esta parte señalando que «*La cultura material chimú permaneció en gran parte inalterada ...esta es una de las razones por la que los arqueólogos argumentan que durante mucho tiempo los incas tuvieron poca participación directa en la administración de la región. Sin embargo, se produjeron cambios sutiles en la cerámica...*» (Costin 2018:98). La cerámica continua bajo supervisión luego de los conquistadores y hay cambios evidentes en su producción, uno de los más llamativos es que empiezan a producirse platos con la decoración moldeada en la base (Figura 51: b, c), con temas en piel de ganso y grano de arroz, que conforman diseños geométricos, aves entre otros. La clásica decoración Chimú ahora no puede ser tan libremente observada por que está en la parte de la vasija donde nadie se interesaría ver y mucho menos si el recipiente contiene alimentos, este cambio de ubicación del área decorada en una vasija es un claro indicador de la actitud del control Inca que minimizaba al conquistado sin desaparecer sus artes ni costumbres, pero ubicándolos en un lugar sin importancia. Otros cambios evidentes son el aumento del tamaño del grano que conforma la decoración de piel de ganso, aparecen asas estribo cuadradas casi siempre decoradas con aves, peces o animales míticos, se emplean aplicaciones zoomorfas en su mayoría muy cerca o en la unión de la base del estribo con el cuerpo de la vasija y el acabado de las vasijas usan un pulido incompleto que se trata de una decoración bruñida que deja las huellas o impresión del instrumentos usado en forma de líneas anchas paralelas en otros casos se han ejecutado bruñidos en formas geométricas que resaltan la ornamentación de la vasija, impresiones digitiformes desde el interior de la partes altas del cuerpo de la vasijas formando abultamientos equidistantes son también una decoración clásica que fecha relativamente esta época.

Finalmente los Incas buscaban dominar y explotar a los conquistados, no alcanzaron la aceptación de los sometidos tan difundida en las crónicas y por algunos investigadores, con el paso del tiempo lo que las evidencias indican es que la imposición y sobre explotación crecía haciendo que el poblador pierda cada vez más sus recursos y derechos esenciales, el caso registrado en la etnia Guayacundo (Espinoza 2004) es ejemplar en como los Incas desaparecen a un pueblo entero y su historia, estas barbaries solo llevaron a que se debilite el imperio. Al llegar los invasores, por el Mar del Sur, los pueblos sometidos por los Incas se aliaron sin condiciones y vieron en ellos la esperanza de mejorar la vida de miseria que llevaban y aceleraron la conquista a favor del nuevo invasor.

CONCLUSIONES

Luego de la conquista de los Chimú, los Incas transforman el territorio en esta parte del valle de Chicama, reorganizando el diseño vial en los alrededores de cerro El Sapo, instalando marcadores o señales para los caminos en base a Huancas, rediseñando los accesos de un valle a otro que permitan ahorrar las distancia a recorrer e imponiendo su culto religioso y además controlando y dirigiendo los accesos por donde se debería transitar, como se ha identificado en otros lugares (Chirinos y Ríos 2019: 29). Los invasores se apropian del paisaje mítico local abarcando lo espiritual como los rituales y ceremoniales además de lo físico como los caminos y accesos. Cerro el Sapo pasa a formar parte de un discurso simbólico de dominación que por su imponente arquitectura administrativa, ritual, residencial, militar, de control etc. se conformó en un símbolo del poder Inca demostrando la capacidad y el poder intimidante nunca antes vista por los Chimú lo que genero la emulación y aculturación.

La presencia de apachetas indica una tradición sureña que empieza a practicarse por los viajeros y que correspondía a los mitmaqunas y al mismo tiempo debió ser impuesta a los pobladores locales que usaron esta ruta, para lo cual emplearon huancas o piedras «sacralizadas» que permitían una identificación con los viajeros.

La cerámica hallada en contexto con las apachetas nos brinda el dato de una cronología relativa correspondiente al Horizonte Tardío, específicamente a los Chimú bajo dominio Inca. El control y planificación del tiempo es evidente, en esta época, al estandarizarse la vajilla diseñada para el consumo de alimentos y que contenía la cantidad precisa para alimentar individualmente a una sola persona, esto permitió ya sea trasladar los alimentos al mismo lugar donde estaban los comensales y/o controlar la cantidad exacta de ollas que deberían servirse para su consumo. Las estrategias de apropiación de un nuevo territorio por parte de los Incas han incluido el ahorro de tiempo y la mayor obtención de mano de obra controlando los tiempos de movilización y consumo de alimentos.

Los Incas amplían el área agrícola con grandes proyectos permanentes y temporales disponiendo y controlando la mano de obra, usando para ellos a sus aliados donde se encontraban los mitmaq como mano de obra polifuncional y sus administradores que debieron residir en la ladera este de cerro El Sapo, sus estrategias autoritarias también les permitió ejecutar impresionantes proyectos como habilitar y cultivar las Pampas de Mocan y San José.

Fuente de procedencia de fotografías:

Las figuras 1, 2 y 3 han sido tomadas de Google Earth Pro 2021. El resto de figuras pertenecen a los autores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALDUNATE, C., CASTRO, V. & VARELA, V. (2003): Antes del Inka y después del Inka: Paisajes culturales y sacralidad en la Puna de Atacama, Chile. En *Boletín de arqueología PUCP*, N.º 7, páginas 9-26.
- ANDERS, M. (1990): Historia y etnografía: Los mitmaq de Huánuco en las visitas de 1549, 1557 y 1562, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad de California, volumen 20.
- ARRIAGA J. (1999) [1621]: La Extirpación de las herejías en el Perú. Estudio Preliminar y Notas de Henrique Urbano, Cuzco, C.E.R.A. Instituto Bartolomé de Las Casas. Cuzco. Perú.
- ARROYO, S. (2004): *Dioses y Oratorios Andinos cosmología y curanderismo en la sierra de Piura*. Universidad Nacional de San Marcos. Perú.
- BERENGUER, J. (2001): Couvre-chefs, identité et interaction dans le désert chilien, avant et après la chute de Tiahuanaco. *Dossiers de l'Archeologie* 262:66-77.
- CABELLO DEVALBOA, M. (1951) [1586]: Miscelánea antártica: Una historia del Peru antiguo (prólogo, notas e índices del Instituto de Etnología). Instituto de etnología, Universidad Nacional de San Marcos, Lima.
- CARAMANICA, A. (2018): Land, Labor, and Water of the Ancient Agricultural Pampa de Mocan, North Coast, Peru. *Tesis for the degree of Doctor of Philosophy in the subject of Anthropology, The Department of Anthropology, Harvard University Cambridge, Massachusetts*.
- CARAMANICA, A. (2019): Un Estudio Arqueológico de Pampa de Mocán. En *Actas de la Primera Mesa Redonda de Trujillo Nuevas Perspectivas en la Arqueología de los Valles de Virú, Moche y Chicama*. G. Prieto y A. Boswell Compiladores. Universidad Nacional de Trujillo, Trujillo. N.º 1, páginas 218 – 230.
- CASSIGOLI, R. (2004): Familias Collas Trashumantes en el Norte de Chile. En: *Desiertos y fronteras*. H. Salas y Rafael Pérez-Taylor editores. El norte de México y otros contextos Culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff. Universidad Autónoma de México.
- CASTILLO, F. (2018): Tipología y seriación de la cerámica proveniente del cementerio Chimú de Huaca de La Luna, Perú. En *Boletín del Museo de Arte Precolombino*. Santiago de Chile. Volumen 23, N.º 2, páginas 27-58.
- CASTILLO, M. & MAKOWSKI, K. (2019): La cerámica provincial Inca como product y como expression de estatus en la población Mitmaquna de Pueblo Viejo – Pucará. En *Boletín de arqueología PUCP*, N.º 27, páginas 7-26.
- CASTRO, M. (2004): Comunidades Campesinas: fronteras móviles en el desierto del norte de Chile. En: *Desiertos y fronteras*. H. Salas y Rafael Pérez-Taylor editores. El norte de México y otros contextos Culturales. V Coloquio Paul Kirchhoff. Universidad Autónoma de México.
- CHERO L. (2020): Cerro Saltur, Resultado de la Investigación Arqueológica, La Ocupación Chimú. Unidad Ejecutora 005 Proyecto especial Naylamp. Ministerio de Cultura. Chiclayo.
- CHIRINOS, R. & RÍOS, N. (2019): La Presencia Inca en la Quebrada de Tambillos, una mirada desde el Inca Naani y el Ushnu de Soledad de Tambo. En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, N.º 7 (1), páginas 17-32.

- CIEZA DE LEÓN (1984): *La Crónica del Perú*. P.U.C. Editorial 1ª parte. Lima.
- CIEZA DE LEÓN, P. (1880): *Crónica del Perú, que trata del Señorío de los incas yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*. Segunda parte. Biblioteca Hispano-Ultramarina. Serie Biblioteca Hispano-Ultramarina. Publicada por Marcos Jiménez De La Espada. Madrid.
- CLÉMENT, C. (2017): *The Oasis of the Chicama Valley: Water Management from the Chimú to the Spaniards (Eleventh to Seventeen Century AD) on the North Coast of Peru*. En: *Oases and Globalization: Ruptures and Continuities*. E. Lavie y A. Marshall editores. Series Springer Geography. Département de Géographie. Université Paris. France.
- CONDORI, R.; MAMANI, R. (2012): *Rituales andinos desarrollados en las apachetas de la ciudad de La Paz como potenciales turísticos 2011. Tesis para Licenciatura en Arqueología*, Universidad Mayor de San Andrés, facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, Carrera de Turismo. Bolivia.
- CONRAD, G. (1977): «Chiquitoy Viejo: An Inca Administrative Center in the Chicama Valley, Perú». En *Journal of Field Archaeology* [Boston]. N.º 4 (1), páginas 1-18.
- CORREA, D. & SOBERÓN, F. (2020): *Excavaciones En Los Patios Norte del Conjunto Amurallado De Chol An (Ex Palacio Rivero), Chan Chan, Perú*. En *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, volumen 25, N.º 1, páginas 13-32, Santiago de Chile.
- COSTIN, L. (2018): *Textiles e identidad chimú bajo la hegemonía inca en la costa norte del Perú*. En *Cuadernos del Qhapaq Ñan*, N.º 6, páginas 94-111.
- D'ALTROY, T. (1992): *Provincial Power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution Press. Washington D.C.
- DEMARRAIS, E. (2013): *Colonización interna, cultura material y poder en el imperio inca*. En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVIII*, páginas 351-376.
- DONNAN, C. (1997): *A Chimú – Inka Ceramic-Manufacturing Center from de North Coast of Peru*. *Latin American Antiquity*. Washington, D.C., Society for American Archaeology. N.º 8 (1), páginas 30-54.
- DONNAN, C.; MACKKEY, C. (1978): *Ancient Burial Patterns of the Moche Valley, Peru*. University of Texas Press. Austin.
- ESPINOZA, W. (1974): *Los Señoríos Étnicos del Valle de Condebamba y Provincia de Cajabamba Historia de las Huarancas de Llucho y Mitmas Siglos XV–XX*. *Anales Científicos*. Universidad Nacional del Centro del Perú. Huancayo.
- ESPINOZA, S. (2004): *La Etnía Guayacundo en la Sierra Piurana*. *Boletín de Arqueología PUC*, N.º 8, páginas 133-150. Lima.
- FALCON, V. (2004): *Los orígenes del Huanca como objeto de culto en la época precolonial*. En *Allpanchis Phuturinka*, Instituto Pastoral Andina. Cusco. N.º 64, páginas 35-58.
- FARFAN, L. (2012): *El Huanca y su Dimensión Simbólica en la Arqueología de la Sierra Central*. En *Revista Arqueología y Sociedad* N.º 24, páginas 393 – 402.
- GALDAMES, L. (1990): *Apacheta: La ofrenda de piedra*. *Diálogo Andino* 9: 11-25 Universidad de Tarapacá. Chile.

- GALDAMES, L.; CHOQUE C.; y DÍAZ, A. (2016): De apachetas a: cruces de mayo: identidades, territorialidad y memorias en los altos de Arica, Chile. *Interciencia*. Chile, volumen 41, N.º 8, páginas 526-532.
- GÁLVEZ, C.; RUNCIO, M. (2015): Ocupación, Movilidad y Subsistencia en el Desierto de la Margen Derecha del Valle de Chicama, Costa Norte del Perú. En: Revista *ARCHAEO-BIOS* N.º 4, páginas 246-268.
- GARCÍA, J. (2007): Arrieros y acémilas en la literatura popular andina. Pacarina del Sur. *Revista de pensamiento crítico latinoamericano*. México, Editor. R Melgar. Volumen 11, N.º 42, páginas 526-532.
- GUAMAN POMA, F. (1980): *El primer Nueva crónica y buen gobierno* [1615], editado por John V. Murra y Rolena Adorno, traducciones del quechua por Jorge L. Urioste. 3 tomos. Siglo Veintiuno, Mexico, D.F.
- HECKER W. & HECKER. G. (1990): Ruinas, caminos y sistemas de irrigación prehispánicos en la provincia de Pacasmayo, Perú. *Serie Patrimonio arqueológico en la zona norte/3*. Instituto Departamental de Cultura – La Libertad. Trujillo.
- HOCQUENGHEM, A. (1989): Los Guayacundos de Caxas y la sierra piurana: Siglos XV y XVI [en línea]. Lima: Institut français d'études andines, (generado el 30 agosto 2022). Disponible en Internet: <<http://books.openedition.org/ifea/1110>>. ISBN: 9782821826458. DOI: <https://doi.org/10.4000/books.ifea.1110>
- HUCKLEBERRY, G.; CARAMANICA, A. & QUILTER, J. (2018): Dating the Ascope Canal System: Competition for Water during the Late Intermediate Period in the *Chicama Valley, North Coast of Peru*, *Journal of Field archaeology*. Volumen 43, N.º 1, páginas 17-30.
- HYSLOP, J. (1992): Qhapaq Ñan, El Sistema Vial Incaico. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos – INDEA, PETROPERU. Lima.
- INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA. (2004): Levantamiento de Información del sistema vial Inca 2003 – 2004. *Proyecto Qhapaq Ñan*. Lima.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. (1965): Relaciones Geográficas de Indias Perú, Tomos I, II, III. Madrid.
- LARRAÍN, H. (2015): Apachetas en caminos antiguos: ¿simple señalética de la huella o lugar de práctica de los ritos religiosos? *Volveré*, año XIV, número 50. Universidad Bolivariana Iquique.
- MACKEY, C. & NELSON, A (2020): Life, Death and Burial Practices during the Inca Occupation of Farfán on Peru's North Coast. In *Andean Past Special Publications*, University of Maine.
- MENESES, J. (2020): El Mundo Ceremonial de Chan Chan, Investigaciones en Huaca Toledo, En: Chan Chan: Esplendor y Legado, Redescubriendo la Antigua capital del Chimor. C. Rengifo, Editor. páginas 93-133. Colección Cultura, Investigación e Historia. Ministerio de Cultura. Trujillo.
- MERLINO, R.; RABEY, M. (1993): Pastores del altiplano meridional: Religiosidad, territorio y equilibrio ecológico. En *Allpanchis* volumen XVIII, N.º 21, páginas 146-171.

- NETHERLY, P. (1998): El reino de Chimor y el Tawantinsuyu. En *La frontera del Estado Inca*. Dillehay, T. & Netherly, P., Quito, Ecuador, páginas 85-103.
- NUÑEZ, L. y Nielsen, A. (2011): Caminante, Sí Hay Camino: Reflexiones Sobre el Tráfico Sur Andino. En: *En Ruta Arqueología, Historia y Etnografía del Trafico Sur Andino*. Núñez y Nielsen Editores, Argentina, páginas 11-42.
- PAREDES, A. (2020): La Vida Residencial en Chan Chan, El Cuadrángulo Martínez de Compañón. En: *Chan Chan: Esplendor y Legado, Redescubriendo la Antigua capital del Chimor*. C. Rengifo, Editor. páginas 71-91. Colección Cultura, Investigación e Historia. Ministerio de Cultura. Trujillo.
- PIMENTEL, G. (2009): Las huacas del tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del desierto de Atacama. En *Boletín del Museo de Arte Precolombino*. Santiago de Chile. Volumen 14, N.º 2, páginas 9-38.
- RAMÍREZ, S (1995): De pescadores y agricultores: Una historia local de la gente del Valle de Chicama antes de 1565. En *Bull. Inst. fr. Études andines*, N.º 24, páginas 245-279.
- REGAL, A. (1936): *Los caminos del Inca en el antiguo Perú*. San Martín. Lima.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M.
(1992): Historia del Tawantinsuyu. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
(1999): History of the Inca Real. New York: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ, J. (2015): El Misterio de los Huancas, una aproximación a la cosmovisión andina desde el cerro Pariahuanca. *ARKEOS*. En Revista Electrónica PUCP. Volumen 7, N.º 14.
- SANHUESA, C. (2004): La organización del espacio como estrategia de poder. El Tawantinsuyu en la región del Despoblado de Atacama. *Tesis en Programa de Magister en historia, mención Etnohistoria*. Universidad de Chile.
- SARMIENTO DE GAMBOA, P. (1943) [1572]: Historia de los Incas (edición de A. Rosenblat), Emecé, Buenos Aires.
- TELLO, R. & ZAVALETA, E. (2011): Informe final de análisis de cerámica del proyecto de restauración de los muros perimetrales, del sector este del Conjunto Amurallado Xllangchic An (ex palacio Uhle), del Complejo Arqueológico de Chan Chan, Provincia de Trujillo, Región La Libertad-II etapa. Trujillo: Unidad Ejecutora 110, Complejo Arqueológico Chan Chan.
- TOPIC, J.; TOPIC, T. (1981): Proyecto Arqueológico de Fortificaciones Prehistóricas del Norte del Perú. *Informe preliminar sobre la temporada junio-agosto 1977*. Presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- VALDEZ, L.; MENZEL, D. & RIDDELL, F. (2014): La cerámica del centro administrativo inca de Tambo Viejo. En *Revista Arqueología y Sociedad* N.º 27, páginas 227-254.
- VAN DALEN P. (2011): El Tawantinsuyu en la Costa Central Norcentral Peruana: Valles Chancay y Huaura. En *Investigaciones Sociales* 3 (27): 77-103. Lima, Instituto de Investigaciones Histórico Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- VITRY, C. (2000): La Apacheta, santuario de piedra. En *Miradas* N.º 26. Salta. Argentina.

- VITRY, C. (2002): Apachetas y mojones, marcadores espaciales del paisaje prehispánico. En *Revista 1, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta*. Volumen 14, Numero 2, páginas 179-19.
- VITRY, C. (2017): El rol del Qhapaq Ñan y los Apus en la expansión del Tawantinsuyu. En *Boletín del Museo Chileno de arte Precolombino*. Volumen 22, N.º 1, páginas 35-49.
- WATANABE, S. (2002): El reino de Cuzimancu: Orígenes y transformación en el Tawantinsuyu. En *Boletín de arqueología PUCP*, N.º 6, páginas 107-136.
- WILLIAMS, V & CASTELLANOS, M (2019): Relaciones y estrategias de expansión Inca en el noroeste argentino: Marcadores gráficos e indicadores materiales en las Quebradas Altas del Valle Calchaquí. En *Chungara Revista de Antropología Chilena*.
- ZEVALLOS, J. (1996): Liquidación anual de las encomiendas trujillanas en 1683-88. Lima, Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú. *Histórica* 20(2): páginas 303-311.